

45

17 SET 1922

La Esfera



Año IX Núm. 454

Precio: Una peseta



CHARITO, cuadro original de L. Casimiro Iborra

PRÓXIMAS SALIDAS de BARCELONA para RIO DE JANEIRO, MONTEVIDEO y BUENOS AIRES

S/S "GIULIO CESARE", de la N. G. I. El rápido y magnífico trasatlántico de gran tonelaje
27.000 TONELADAS-4 HÉLICES.-VIAJE EN 12 1/2 DÍAS
Saldrá de Barcelona el 26 de Octubre y el 9 de Diciembre



Para toda clase de informes y demanda de plazas, dirigirse á **"ITALIA-AMERICA"** SALÓN COMEDOR.-2.ª clase
Sociedad de Empresas Marítimas
BARCELONA: Rambla Sta. Mónica, 1 y 3 MADRID: Calle Alcalá, 47 SAN SEBASTIAN: Calle Elcano, 6

CULPA EN LA SOMBRA

NOVELA DE

E. CONTRERAS Y CAMARGO

(Ilustraciones de ECHEA)

es el título del número que

LA NOVELA SEMANAL

publica hoy sábado

25 céntimos ejemplar

Calidad en los autores :: Cantidad en la lectura :: Baratura en el precio

son los tres lemas á que se sujeta en su publicación

LA NOVELA SEMANAL

Los corresponsales de **PRENSA GRÁFICA** en provincias y en el Extranjero, los vendedores de periódicos en todas las localidades, las librerías, los quioscos y puestos de venta de periódicos, las Bibliotecas de las estaciones de Ferrocarriles de todas las redes españolas, tienen á la venta ejemplares del número corriente **TODOS LOS SABADOS**, y de números atrasados en cualquier momento. Unos y otros se venden al precio único de

25 céntimos ejemplar en toda España

Los mejores y mas finos perfumes de Oriente

ORIGAN D'OR FRANCY

CHYPRE D'OR FRANCY

AMBRE D'OR FRANCY



Perfumeria Francy

MADRID—APARTADO 532
Y EN TODAS LAS BUENAS PERFUMERÍAS

Perez Durias

110 8000

LA TIERRA DE TODOS

NOVELA

DE

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Publicada por la EDITORIAL PROMETEO)

ILUSTRACIONES DE FEDERICO RIBAS

(CONTINUACIÓN)

XVII

deciendo tal vez á una seña de él, los dos hombres montados se alejaron, examinando el horizonte. Sólo volvió uno de ellos, y al echar pie á tierra dijo algunas palabras en voz baja. No se veía á nadie en los alrededores.

Los perros seguían ladrando, yendo inquietos de un lado á otro; pero esta alarma no debía ser más que una continuación de la anterior. Aquellos dos hombres indudablemente habían llegado solos.

Rojas hizo nuevos ofrecimientos, al mismo tiempo que se esforzaba por contener su indignación, dando á su voz una exagerada melosidad.

—No sé de qué me habla, señor—contestó al fin Piola—. Se equivoca usted. Nunca he visto á esa señorita.

—¿Acaso ustedes no son amigos de Manos Duras?

Mientras hablaban los dos, Ricardo, alejándose un poco de ellos, intentó dar vuelta al rancho para llegar á su puerta; pero el otro cordillerano, adivinando su intención, se colocó ante él, levantando la carabina como si fuese á apuntarle. Al fin, Piola, sin contestar á Rojas nada concreto, le volvió la espalda, dirigiéndose hacia la esquina de la ruinosa construcción y desapareció detrás de ella.

Fué á seguirlo el estanciero, y tropezó con el mismo hombre que había contenido á Watson. Ahora apuntaba francamente su rifle contra los dos, para que no pasasen adelante, y tuvieron que mantenerse inmóviles, dudando entre obedecer á la amenaza ó arrojar sobre aquel bandido.

De un puntapié apartó Piola las maderas mal unidas que cerraban la entrada del rancho. La presencia del cordillerano hizo que Manos Duras abandonase su lucha con Celinda. Esta, con las manos atadas, se defendía de la agresividad carnal de su raptor. Le había arañado, le había mordido, repeliéndole al mismo tiempo con sus pies. El gaucho tenía en el rostro y en las manos varios rasguños que goteaban sangre; pero tal era su excitación que no parecía darse cuenta de ellos.

Al ver á su camarada se esforzó por serenarse, hablando con una alegría feroz.

—Lo que yo te dije, hermano; empieza uno por juego y acaba interesándose. No se puede estar en paz al lado de una buena moza.

Pero calló al notar que Piola le miraba como reconviniéndole.

—Vos ahí de farra, como un muchacho, mientras afuera pasa lo que pasa.

Le invitó á salir con un gesto, y más allá de la puerta continuó, bajando la voz:

—Ahí tenéis al viejito de la estancia con un gringo de los que trabajan en las obras del río. ¿Qué hacemos?...

Manos Duras, á pesar de su cinismo, quedó sorprendido al saber que don Carlos estaba al otro lado de la esquina de adobes. ¿Cómo se había presentado tan pronto?... ¿Quién había podido revelarle la presencia de su hija en este rancho lejano?... Pero su ferocidad y el recuerdo de la ofensa inferida por Rojas le inspiraron una solución.

—Lo mejor será matarlo.

—¿Y al gringo también?—preguntó Piola con ironía—Vos encontráis fácilmente el remedio á todo.

Se mostraba inquieto el cordillerano, como si su instinto le hiciese presentir la proximidad del peligro. Ya no creía que aquellos dos hombres hubiesen llegado solos. Otros indudablemente iban á venir, para darles ayuda. Lo que Manos Duras debía hacer—si es que verdaderamente necesitaba seguir este mal negocio del robo de la señorita—, era montar en su «flete» sin pérdida de tiempo y llevarse la buena moza á cierto lugar en las orillas del río Li-

may, donde se habían dado cita para el día siguiente. Debía desistir de su vuelta al pueblo aquella noche. Era oportuno cambiar ahora el orden de la marcha. Mientras él se alejaba llevándose á la muchacha, ellos se quedarían allí con la tropilla. Piola se encargaba de convencer al viejo de la falsedad de sus sospechas. Y si llegaban otros hombres del cercano pueblo, se convencerían también—viéndoles sin ninguna mujer y sin Manos Duras—de que eran unos viajeros pacíficos que habían hecho alto en aquel lugar.

El gaucho le escuchó con impaciencia. Le había tomado gusto á esta aventura y no admitía modificaciones en ella. Descaba conservar á Celinda, y al mismo tiempo no quería renunciar á su vuelta al pueblo, así que cerrase la noche, para hacer aquel cobro del que hablaba misteriosamente.

—También podés vos hacer otra cosa—continuó Piola—. El padre ofrece plata si le devolvemos la muchacha, y...

Pero no pudo continuar. Cerca de ellos, al otro lado de la esquina de adobes, sonó un tiro, acompañado de un grito. El amigo de Manos Duras lanzó una blasfemia.

—Ya empieza el baile—dijo armando su rifle y corriendo hacia el sitio donde había sonado la detonación.

Rojas acababa de disparar su revólver contra el hombre que le impedía el paso. Este se había fijado especialmente en Watson, pues por ser más joven le infundía mayor cuidado, volviendo hacia él su carabina, y don Carlos aprovechó el olvido en que le dejaba para sacar cautelosamente su revólver, apuntando al pecho del cordillerano y haciendo fuego.

Al caer este enemigo, Watson se inclinó inmediatamente sobre él para apoderarse de su arma.

Cuando Piola dió vuelta á la esquina, Rojas montaba ya en su caballo. Por un sentimiento atávico de centauro de estancia, se consideraba más fuerte y más seguro de este modo que á pie. Watson, forcejeando con el herido, acababa de arrancarle su rifle é iba á incorporarse; pero vió que el bandolero andino le apuntaba por tenerlo más cerca, y su instinto le hizo encogerse, al mismo tiempo que sonaba la detonación. Gracias á este movimiento, el proyectil no le atravesó el pecho, cortándole únicamente el hombro izquierdo, con una herida superficial. El dolor le hizo soltar el rifle, permaneciendo acurrucado con una mano en el hombro.

Su agresor dió unos pasos hacia él para que el segundo disparo resultase más certero, en el mismo instante que Manos Duras avanzaba su cabeza fuera de la esquina del rancho, atraído por la pelea.

Vió á don Carlos, que, montado ya en el caballo, apuntaba con su revólver á Piola. El sacó igualmente el suyo del cinto para disparar contra el estanciero, pero no pudo hacerlo. Tuvo que levantar el arma al ver interponerse entre los dos al otro jinete andino que había quedado en observación.

—¡Cente!... ¡Mucha gente!—gritaba este hombre. Los perros se presentaron detrás de él, con violentos saltos de retroceso y de avance, ladrando á un enemigo invisible.

A partir de este momento, los sucesos parecieron atropellarse unos á otros, superponiéndose con una velocidad irreal.

Manos Duras fué el más ágil para la acción. Corrió hacia su caballo, que seguía rumiando la hierba sin asustarse de los tiros, como si estas detonaciones fuesen ordinarias en su existencia. Luego desapareció detrás del rancho.

Piola pareció olvidarse de Watson, para pensar en su propia seguridad. También era hombre de á caballo, y se consideraba más seguro y fuerte sobre la silla que á pie. Montó en su cabalgadura, siempre con la carabina en la diestra, y uniéndose á su

camarada fueron á situarse los dos junto á la tropilla de caballos, dispuestos á defender hasta la muerte las cargas de sacos y fardos que representaban la fortuna de la comunidad.

Rojas pareció olvidarlos, acercándose á Watson para preguntarle con ingenua emoción:

—¿Qué le pasa, gringuito?... ¿Le han matado?

El joven tenía en un hombro de su blusa una mancha negra, que iba agrandándose; pero se incorporó, contestando con pálida sonrisa:

—Poca cosa: un rasguño nada más.

Don Carlos ya no pudo ocuparse de él. Necesitaba ver lo que había al otro lado del rancho, é hizo avanzar su caballo, dando vuelta á la esquina.

No encontró á nadie. Su rústica puerta, completamente abierta, mostraba la soledad de su interior. Pero al apartar sus ojos de las ruinas vió á un jinete que se alejaba al galope, llevando sobre el delantero de su silla una especie de envoltorio largo, sostenido por uno de sus brazos, y que se agitaba violentamente lo mismo que una persona.

El instinto avisó al estanciero más que sus sentidos.

—¡Ah, gaucho ladrón!...

Lo que le había parecido en el primer momento un envoltorio de ropas contenía una vida, y se negaba á dejarse llevar.

Tuvo la certidumbre de que su oído le engañaba, con el trastorno de la emoción, al hacerle oír una voz de mujer; pero al mismo tiempo creyó que Celinda le había reconocido, llamándolo con desesperado lamento:

—¡Papá!... ¡Papá!...

XVII

Al levantarse Elena, bien entrada la mañana, vió con sorpresa que la mestiza no acudía á sus repetidas voces.

Finalmente se presentó una de aquellas muchachas apodadas «chinitas» que trabajaban en el servicio de la casa bajo las órdenes de Sebastiana. Según declaró esta joven, la respetable mestiza no había vuelto después de su salida á primera hora.

—Dicen que ha habido un bochinche en la estancia de don Carlos Rojas. El comisario y muchos hombres se fueron para allá.

A Sebastiana, según continuó diciendo la chinita, la habían visto algunos en las afueras del pueblo, á caballo y acompañada por el doméstico del señor Robledo.

—Habría ido á ver si le ocurrió algo á su antigua patroncita. Cada uno cuenta una cosa... Pero lo cierto es que en la estancia han matado á alguien.

No pudo continuar hablando la criada, en vista de la poca curiosidad que mostraba su señora. Se había limitado á una exclamación de sorpresa al escuchar las primeras palabras. Luego quedó en silencio, como si no le interesase el relato.

Permaneció toda la mañana en su salón, después de haber tomado el desayuno. Pensaba con impaciencia en las largas horas que debían transcurrir antes de que llegase la noche. Estaba resuelta á llamar á Robledo; pero éste, según las noticias de su criada, se había ido con el comisario á la estancia de Rojas y no regresaría hasta el atardecer.

Le era imposible seguir viviendo más tiempo en aquel pueblo. Que se quedase su marido, trabajando en los canales. Ella pensaba pedir á Robledo que le proporcionase los medios de regresar á París, ó cuando menos el dinero necesario para volver á Buenos Aires. Una vez en la gran ciudad sabría defenderse. En su primera juventud se había visto en situaciones iguales ó peores, y conocía por experiencia cómo una mujer enérgica puede salir de los pasos difíciles con más soltura que un hombre.

Deseaba que anocheciera pronto, pensando en su futura conversación con el español. Al mismo tiempo le daba miedo el rápido deslizamiento de las horas, pues alguien podía venir á su ventana para exigirle el cumplimiento de una promesa hecha la noche antes.

Necesitaba un esfuerzo mental para convencerse de que no había soñado su entrevista con Manos Duras.

«¿Qué absurdo!—pensó—Pero ¿he podido hacer realmente eso?»

Muchas veces en su existencia había sentido la misma extrañeza por los propios actos, como si hubiese en su interior dos personalidades antagónicas, una de las cuales inspiraba horror á la otra.

«Y ese hombre tal vez venga esta misma noche!»—seguía pensando.

Para tranquilizarse se dijo que bien podía ser que el gaucho hubiese olvidado sus promesas. Pero inmediatamente recordó las vagas noticias que le había dado su criadita de algo terrible ocurrido en la estancia de Rojas.

Como estaba predispuesta á creer que todos los sucesos debían plegarse á sus conveniencias, sintió finalmente la confianza del optimismo.

«No vendrá—se dijo—. ¡Qué disparate! ¿Cómo puede ese hombre haber creído una promesa tan absurda?...»

Después de las noticias que habían circulado por el pueblo, no se atrevería á volver. Además, aquel bárbaro resultaba temible á campo raso; pero con tener ella bien cerradas las ventanas y puertas de la casa, se libraría de su presencia.

Ya no pensó en el gaucho; mas no por esto desapareció de su memoria el recuerdo de la noche anterior. Algo había sucedido al romper el día, cuando empezaban á marcarse luminosamente las rendijas de su ventana; y esto lo había percibido confusamente, como todo lo que pasa cuando los ojos se resisten á abrirse y el pensamiento vacila entre el sueño y la vigilia.

Completamente despierta y considerando ahora lo ocurrido á varias horas de distancia, empezó á convencerse de que alguien había estado junto á su ventana al amanecer. Recordó un ruido sofocado de pasos en la galería exterior y el leve crujido de la madera de la pared bajo el peso de un cuerpo apoyado en ella. Hasta podría jurar que había escuchado algo semejante á suspiros de dolor, á un

jadeo de desesperación. Y su instinto le avisaba que aquel ser misterioso que había vivido unos momentos cerca de ella, al otro lado del muro de tablas, no era otro que su esposo.

Dos veces fué ahora á la ventana, abriéndola para ver su exterior y su interior, con la esperanza de encontrar un papel ó cualquier otro indicio del invisible visitante. Llegado con el alba y desaparecido al salir el sol.

«Es Federico—volvió á decirse—; no puede ser otro... Robledo debe saber dónde está. ¡Cómo deseo que vuelva al pueblo para hablarle!...»

Poco después de medio día, cuando ella fumaba su vigésimo cigarrillo, llamaron á la puerta. Transcurrió algún tiempo y volvieron á repetirse los golpes. Elena adivinó que, por estar ausente Sebastiana, las dos chinitas habían abandonado la casa después de servir la comida, vagando por el pueblo en busca de noticias.

Fué á abrir ella misma y se sorprendió reconociendo al visitante. Era Moreno. Su presencia nada tenía de extraordinaria, y sin embargo no pudo contener Elena un gesto de asombro; tan olvidado le tenía. En las últimas horas otros hombres habían ocupado por completo su memoria.

Ruborizándose de su olvido le invitó á entrar con exagerada afabilidad. Su buena suerte le enviaba á este tonto para que la entretuviese con su conversación durante una tarde larguísima, que sin esta visita hubiese resultado de monótona soledad.

Al entrar en el salón, Moreno acarició los muebles con una mirada dulce y protectora, como si le perteneciesen. Luego ocupó el sillón que le ofrecía ella, haciendo alarde de un aplomo que nunca había mostrado en sus visitas anteriores.

—Me voy á Buenos Aires en el tren de esta tarde, señora marquesa—dijo con la gravedad de un hombre que conoce sus propios méritos—. Debo ver al Gobierno para darle cuenta de lo ocurrido aquí, y hablar con el ministro de Obras públicas sobre la continuación de los trabajos.

Elena acogió tales palabras con movimientos de cabeza afirmativos, al mismo tiempo que sus pupilas parecían sonreír maliciosamente. Este buen padre de familia exageraba un poco su importancia.

—Pero antes de marcharme he creído conveniente venir á verla, para que tratemos de un asunto relacionado con mis futuros negocios.

Siguió hablando, y á las pocas palabras se apagó

la chispa alegre é irónica que danzaba en las pupilas de la Torrebianca. Sus ojos sólo expresaron un ávido interés, que fué creciendo por momentos.

Moreno relató cómo Pirovani le había confiado toda su fortuna, nombrándole tutor de la hija única que tenía en Italia.

—El pobre—continuó—, por lo que he visto al examinar rápidamente sus papeles, era más rico que yo creía. Este encargo supremo de mi pobre amigo va á darme mucho que hacer, y tal vez me obligue á dimitir mi empleo. ¡Quién sabe si podré regresar aquí!... Temo que transcurra mucho tiempo antes de que volvamos á vernos.

Y la posibilidad de tan larga ausencia entristeció al oficinista, á pesar del aire satisfecho y seguro de sí mismo que mostraba desde el día anterior.

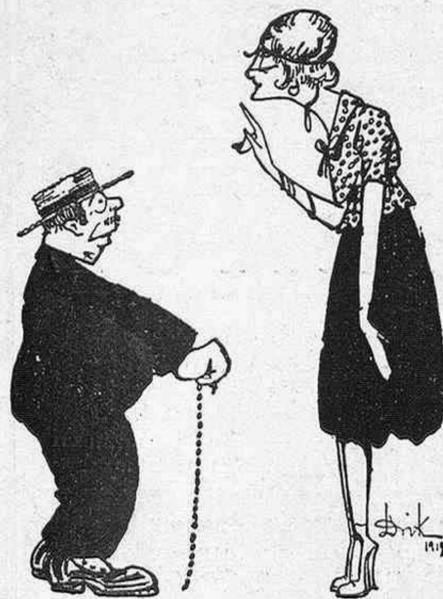
—Como el infeliz Pirovani—siguió diciendo—me confió el manejo de su fortuna, y esta casa pertenece á su heredera, yo, en uso de mis facultades, le digo, señora marquesa, que puede usted seguir aquí todo el tiempo que juzgue oportuno, como si fuese de su propiedad, y sin pagar por ella un solo centavo. ¡Qué no haré yo por usted!...

Ella le miraba fijamente con ojos interrogantes. Le era difícil poder ocultar la sorpresa que le había causado esta revelación. ¡Moreno depositario de la herencia del contratista, abrumado por la enormidad de la fortuna que caía sobre él y volviendo á una ciudad populosa para rehacer su existencia!...

A través de su asombro empezaron á emerger nuevas ideas, semejantes á islotes todavía informes y en pleno hervor de formación. Se desdoblaba su interior, surgiendo junto á la mujer de gustos frívolos, ansiosa de comodidades y grandezas, otra que era la de las temibles energías, la de las extremas resoluciones en las horas difíciles, la que no vacilaba ante la crueldad. Y esta mujer, al despertarse, aconsejaba imperiosamente á su compañera: «No dejes que se marche. El destino te lo envía.»

Contemplándola Moreno con ojos más atrevidos que en los tiempos que no se creía rico y poderoso, vió de pronto cómo el rostro de la «señora marquesa» parecía velarse, lo mismo que si se deslizase sobre él la sombra de una nube invisible. Luego contrajo su boca con expresión dolorosa y se llevó las manos al rostro, para ocultar sus lágrimas.

(Continuará en el próximo número)



—¿Con qué se lava la cara, que es de rosa su frescura?
 —¿Es con agua de Colonia ó con blanquete ó pintura?
 —Pero, ¡qué tonto es usted y qué inocencia tan pura!
 —¿Será posible, señor, desconocer, por ventura, el talismán de lo bello, la magia de la hermosura? Pues yo gasto solamente los productos PECA-CURA.

Jabón, 1,50. — Crema, 2,50. — Polvos, 2,50. — Agua cutánea, 5,50. — Agua de Colonia, 3,50, 6, 10 y 16 pesetas, según frasco. — Lociones para el pelo, 4,50, 6,50 y 20 ptas., según frasco.

ÚLTIMAS CREACIONES
 Productos Serie «Ideal»:

ACACIA, MIMOSA, GINESTA, ROSA DE JERICO, ADMIRABLE, MATINAL, CHIPRE, ROCIO FLOR, ROSA, VERTIGO, CLAVEL, MUGUET, VIOLETA, JAZMIN

Jabón, 3.—Polvos, 4.—Loción, 4,50, 6,50 y 20. Esencia para el pañuelo, 18 pesetas frasco con estuche.

Cortés Hermanos, SARRIÁ (BARCELONA).

SE ADMITEN SUBSCRIPCIONES A NUESTRAS REVISTAS
La Estera, Mundo Gráfico, Nuevo Mundo

Y
La Novela Semanal

en la y en la
LIBRERÍA DE SAN MARTÍN CENTRAL DE PUBLICIDAD
 Puerta del Sol, 6 Calle de la Cruz, 27

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista.
 Dirigirse á Hermosilla, número 57.

Lea usted los viernes
NUEVO MUNDO
 REVISTA POPULAR ILUSTRADA
 Número suelto: 50 cénts. en toda España

SULFHYDRAL CHANTEAUD de PARIS

a base de Sulfuro de Calcio puro muy eficaz para preservación y Tratamiento de la GRIPPE. ANGINA, BRONQUITIS, LARINGITIS CATARRALES, SARAMPIÓN, COQUELUCHE, VIRUELA. DEPÓSITO EN LAS BUENAS BOTIGAS Y URIACH C^a, 49, Bruch, BARCELONA

TÉ ENDVAR es un verdadero néctar



Lea LA NOVELA SEMANAL

LIBROS DE **BARRIOBERO**

Contra giro de cinco pesetas, certificados: **De Cánovas á Romanones** (estudios económicos). **Matapán** (relatos picarescos). **El hombre desciende del caballo** (novela).

22, Príncipe, 22
 (ADMINISTRACIÓN)

Carne de membrillo JUSTO ESTRADA PUENTE GENIL

SAN SEBASTIÁN



BANCO DE MADRID

Sucursal de San Sebastián:
Avenida de la Libertad

Giros sobre todo el mundo. Créditos documentarios. Operaciones de cambio en las mejores condiciones para el cliente. Cajas de alquiler á precios reducidísimos, abiertas al público de 9 y media de la mañana á 9 de la noche



BANCO GUIPUZCOANO

SAN SEBASTIÁN

FUNDADO EN 1899

Capital..... 25.000.000 de pesetas
Fondos de reserva 9.700.000 »

SUCURSALES Y AGENCIAS:

Azcoitia, Azpeitia, Cestona, Deva,
Eibar, Elgoibar, Irún, Mondragón,
Oñate, Oyarzun, Pasajes, Tolosa,
Vergara, Villabona, Villafranca, Za-
rauz, Zumaya y Zumárraga

Cuentas corrientes, á la vista, al 3 por 100 de interés.

Emisión de Bonos á vencimiento fijo, abonándose intereses como sigue:

A plazo de tres meses... 3,50 por 100
A » de seis meses... 4 » por 100
A » de un año... 4,50 por 100

Cartas de crédito. Giros. Depósitos. Ordenes de Bolsa.
Etc. Etc.

Cajas fuertes para alquilar, propias para guardar
alhajas, documentos, valores, etc., etc.

Toda clase de operaciones de Banca, Bolsa
y Cambio

RAMÓN PEÑA

Sucesor de D. Andrés Peña

Elcano, 8 SAN SEBASTIÁN

Antigua Casa que se ocupa de ofrecer á los fo-
rasteros los pisos y villas de verano en condicio-
nes inmejorables y libres de comisión

Compra-venta, hipotecas y alquileres de fincas

JOYERÍA Y PLATERÍA ALFONSO DE BLAS

Casa de confianza por su buen
gusto y economía de precios

Loyola, 3

SAN SEBASTIÁN

Overland

TORPEDO 5 asientos equipado 8.000 pts.
LANDAULET 6 id. id. 12.500 id.
LIMOUSINE 6 id. id. 12.500 id.

ENORME «STOCK» DE PIEZAS DE RECAMBIO

AUTOMOVIL PALACE

ENTREGA INMEDIATA DE

Sobervio CABRIOLET DELAGE, 6 cils. (último modelo)

Torpedo ADLER	16-50 H. P.	Precios reduci- dissimos
Id. BRADLEY	37 H. P.	
Id. DELAYE	16-24 H. P.	
Id. DION-BOUTON	12-20 H. P.	
Id. STADEBAKER	20-30 H. P.	

«STOCK» de neumáticos DUNLOP,
NACIONAL, etc.

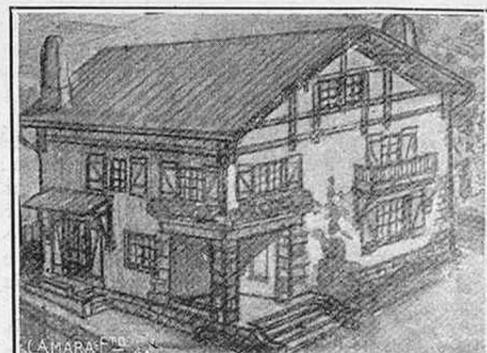
Inmenso surtido de accesorios y últimas
novedades en automovilismo

ALQUILER de AUTOMOVILES de TURISMO
á 75 céntimos el kilómetro

AUTOMOVIL PALACE

Guetaria, 2

SAN SEBASTIÁN



¡Veraneantes!

Con la cantidad que pagáis cada verano por alqu-
ler de una villa ó piso podéis adquirir, en propiedad
desde el primer día, un Chalet de nueva, sólida y ele-
gante construcción, con jardín y servicios de alcan-
tarillado, agua, gas, electricidad y baño, en Atego-
rrieta, al pie del tranvia. Grandes facilidades de pago,
en plazos hasta 50 años.

AGENCIA INMOVIILIARIA.—Director: TOMAS
CARASA TORRE, Hernani, 5, 1.º.—Teléfo-
no 406.—Apartado núm. 31.—SAN SEBASTIÁN.

GRAN CASINO DE ZARAUAZ

Delicioso panorama
Toda clase de recreos
Campo de Tennis

Todos los días conciertos en su hermoso Parque
Bales en el espléndido Salón de fiestas del Casino
Durante todo el presente verano actuarán en
su teatro los principales artistas

Compañía Española de Pavimentación sistema MUGICA, S. A.

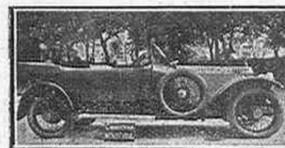
Pavimentación con bandas de
asfalto comprimido continuo

Fábrica con instalación completa de molinos,
hornos y prensas para una fabricación de 500
metros cuadrados diarios :- Patentes de in-
vención en casi todas las naciones de Europa
y América

SAN SEBASTIÁN (ESPAÑA)

CARROCERÍAS AUTOMÓVILES

Mendizábal
y Compañía



Paseo de Atocha, H
Teléfono 2424
SAN SEBASTIÁN

La Esfera

Año IX.-Núm. 454 Madrid, 16 Septiembre 1922

ILUSTRACIÓN MUNDIAL

DIRECTOR: FRANCISCO VERDUGO



Reciente aún el éxito obtenido por nuestro querido compañero Pepe Díaz, que en unión de Oteyza y de Alfonso visitó el campamento de los prisioneros españoles en Aydir, el excelente reporter gráfico de Prensa Gráfica acaba de conseguir un nuevo triunfo, de vivo interés y de extraordinaria importancia, visitando el campamento en que se halla el Raisuni con su familia y sus partidarios. De las interesantísimas fotografías obtenidas por Díaz en esta visita, reproducimos una en que el célebre moro aparece junto á su hijo Mohamed El-Jaled Er-Raisuni en su tienda de campaña del Monte Buhaxen

DE LA VIDA
QUE PASA

IMPERIO DEL IDIOMA ESPAÑOL

APOLO Y HERMES

DIGAMOS español, abarcando así todas las regiones en el mismo haz simbólico con el mismo robusto puño de la unidad patria. Que si, por la suma de brazos, son temibles los pueblos cuando la guerra y opulentos cuando la paz, por la suma de espíritus son, en guerra y paz, inmortales.

Esta inmortalidad espiritual de los pueblos se oculta al hombre tosco, al sórdido, al vano, al egoísta del presente, descuidado del porvenir, y aparécese, como en invención milagrosa, al hombre culto, al generoso, al vidente, á modo de las Vírgenes, revelándose á los pastores.

El idioma, pues, español, que tuvo su grandeza en el Siglo de Oro y su decadencia en Comella, vislumbra un divino Renacimiento. Su imperio crece y se dilata cada día, respetado, si no temido, de los pueblos más poderosos, en aquel signo universal del tráfico, de que habla la *Epístola Moral*.

... por cuanto son los climas y los mares perseguidor del oro y de la plata.

No es Apolo quien, por sus cohortes, prepara el Renacimiento de nuestro idioma; ni son sus poetas, historiadores y filósofos quienes lo doran y consagran, divulgándolo en ambos mundos. Es, menos lírico, más práctico, el diligente, bullebulle, curioso, recadero Mercurio, cuya primera encarnación de Hermes Trimegisto así penetraba, á hurtadillas, en los establos, para hacerse con una yunta de bueyes, como se deslizaba en las teogonías para encender, entre gnósticos y agnósticos, memorables guerras filosóficas.

En esta aspiración comercial concurren los Estados Unidos, estableciendo en cada Universidad una cátedra de español; enviando á Madrid y Barcelona grupos estudiantiles numerosos; recogiendo en sus publicaciones más populares, junto á las glosas literarias del *Romancero*, las estadísticas de nuestras minas, saltos de agua, cultivos, fábricas, talleres.

De modo semejante, Inglaterra, la perspicaz, luego de abrir en Cambridge y Oxford cátedras de español literario, se apresura comercialmente á imponer la enseñanza obligatoria de nuestra habla en el Reino Unido, promoviendo la creación de centros hispanistas, estimulando el español por medio de folletos, conferencias, proyecciones, etc.

¿Qué decir de Alemania, cuya política «post Versalles» es una orientación tenaz hacia el hispanoamericanismo, vastísima zona comercial de veinte pueblos, con cuya sangre nueva sueña Fausto para rehacer su juventud? Por todo el «Reich» se multiplican las ferias, las exposiciones, las «semanas hispanoamericanas», con profusión y ardor, en una especie de conjuro en que fraternizan los hispanistas descendientes de Stack, con los profesores y alumnos que se ejercitan en la conjugación de nuestros verbos.

Siempre ágil á la emulación, Francia establece el español obligatorio en sus Liceos, y formula, por la ruidosa carta de Mauricio Barrés—ese Trimegisto alsaciano—, la urgencia de que sus agentes comerciales se provean del español como de un pasaporte imprescindible.

Italia, con la Exposición de Arte en Venecia y la florentina Feria del Libro, inaugura su acercamiento al idioma español, procurando mezclar lo útil á lo dulce, como en el viejo Fedro, y alternar, con las cátedras de español en varias Universidades, el envío de misiones comerciales, como la presidida por De Nava, y de misiones financieras, como la recentísima de Orlando.

Las nuevas nacionalidades, atentas en su recelosa inquietud á esta derivación universal hacia el hispanoamericanismo, á este Renacimiento del idioma español, se apresuran á establecerlo oficialmente. Y es Novak, rector de Cracovia, quien pide al Parlamento polaco la implantación de nuestro idioma en sus Institutos. Y Alejandro Comenius, profesor de Praga, quien lo impone á

los checoslavos. Y Sissek, publicista de Belgrado, quien lo predica en Yugoslavia.

SIN NAVES NI ARMAS

Renace nuestro idioma, no por Apolo y sus cohortes, sino por Hermes y las suyas. Un Continente, veinte pueblos, están preñados de su robustez, en potencia de alumbrar pronto nuevas generaciones de habla española. Y este mañana, bien cercano, apresta á las demás naciones en procurarse el español como llave de la economía universal.

De esta manera, Hermes, dios menor, ensancha los dominios de Apolo, dios de dioses, olímpico, padre de las Musas. Por las rutas del Arancel, que ha de traernos trigo, carne, abonos, café, tabaco, etc., etc., irán los libros y los lienzos, la experiencia especulativa y la experiencia histórica. Como, tras las potentes flotas del Pa-

¿Cómo, en fin, no maravillarse de que, perdidas por nosotros las Filipinas, en poder de enemigos tan poderosos, absorbentes, como son los yanquis, sea allí idioma corriente el español?

Dominio espiritual, «sin naves ni armas», ¿por qué milagros se mantiene? ¿Cómo no se ha extinguido en las resacas de la Historia? ¿Qué misiones, escuelas, institutos lo alentaron vivo, dinámico, familiar, sin proselitismo ni apostolado, sin estímulos de intereses materiales, al margen de tratados y aranceles?

Tantas razas, tan diferentes de la española; tantos pueblos, extraños totalmente al comercio y tráfico de España, á la solicitud y aun á la cortesía de España, ¿cómo usan el idioma español? Porque se explica, sin esfuerzo, que el idioma inglés—idioma de un pueblo potente, cuyas flotas y ejércitos tienen dominio quirritario en el planeta, cuya industria y comercio son mayorazgos en política internacional, cuyas misiones, literarias y científicas, marchan á la cabeza del progreso humano—mantenga la supremacía de idioma comercial y político.

Se explica, sin esfuerzo, que el idioma francés—idioma de una nación fuerte, que á su fuerza de sus ejércitos y flotas une la sugestión elegante y diplomática, no interrumpida en muchos siglos—mantenga la supremacía de idioma diplomático y elegante.

Se explica, sin esfuerzo, que el idioma alemán—idioma de una nación grande, que á su poderío industrial une la sólida del poder científico—mantenga, aun después de Versalles, la supremacía de idioma industrial y científico.

Pero nuestro idioma español, idioma de una nación débil, sin ejércitos poderosos ni flotas ferribles, sin ciencia, ni comercio, ni diplomacia importantes, ¿cómo puede imperar, no sólo en los países de nuestra raza, sino entre razas tan distintas á la nuestra como la sefardí, la mala-ya, la bereber?

INSTITUTOS ESPAÑOLES
EN EL EXTRANJERO

Tenemos bien cerca el ejemplo. En Madrid, con la simpatía del Estado, la cooperación fervorosa de catedráticos y escritores, el asiduo estímulo de la Prensa, hay un Instituto Francés. ¿Por qué, á su semejanza, no ha de haber en París el correspondiente Instituto Español?

¿Por qué no en Londres, en Berlín, en Roma, en Nueva York, en Buenos Aires, en la Habana, en Méjico? ¿Por qué no, con más razón si cabe, en Salónica, para crear un profesorado español-sefardí; en Tetuán, otro español-bereber; en Manila, otro español-filipino?

No vale el argumento rústico de los créditos, porque de créditos, como de buenas intenciones, está empedrado nuestro infierno ministerial. Diez Institutos españoles, á cien mil pesetas, costarían un millón de pesetas. Y un millón de pesetas es la tercera parte del aumento en las dietas de diputados. La mitad de lo que se lleva, para pensiones, la Junta de Estudios. La sexta parte de lo que se tira diariamente en Marruecos...

Diez Institutos españoles en París, Londres, Roma, Berlín, Tetuán, Salónica, Manila, Nueva York, Buenos Aires y Habana, cada uno con cinco ó seis profesores, formarían un cuerpo de cincuenta ó sesenta profesores, que, en cada curso, podrían preparar de dos mil á tres mil alumnos americanos, sefardíes, marroquíes, filipinos, contrarrestando, en ambas Américas, la labor despañolizante de otros Institutos, vigorizando en Marruecos, el Oriente y Filipinas esa generosa, romántica, conmovedora sed hispanista.

Consolidemos el imperio del fino, varonil, acerado idioma español. Un Continente, veinte pueblos, están preñados de su robustez, en potencia de alumbrar pronto nuevas generaciones de habla española. Será el imperio espiritual de España, único imperio sin violencias ni protestas, sin explotados ni explotadores, sin tiranos ni esclavos.

CRISTÓBAL DE CASTRO

ARTE CONTEMPORÁNEO



Retrato del niño Horacio de Castro, hijo de nuestro ilustre colaborador D. Cristóbal de Castro, pintado por el laureado artista Julio Romero de Torres

pado, Venecia, Génova y Pisa, fueron Buonarrotti y el Sanzio, Donatello y el Veronés, Lucas della Robbia y Benvenuto.

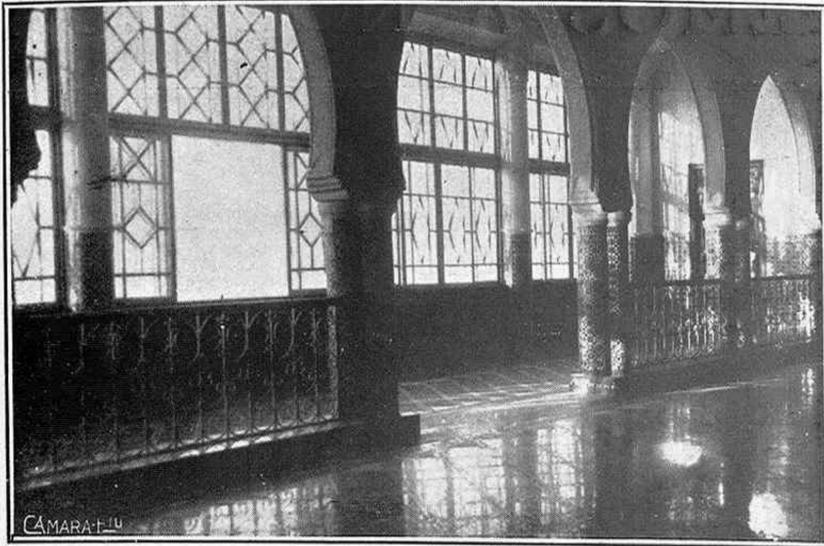
Pero nótese cómo este Renacimiento del idioma español se anuncia, sin violencias ni protestas, en aquella gustosa conformidad que no ha menester de traidores ni condottieros, de Borgias ni Orsinis. Nuestro idioma impera en los países de nuestra raza por aquella potestad suave, familiar, sin pesadumbres ni reservas, de la madre sobre los hijos; en aquel natural dominio «sin naves ni armas» que Marco Aurelio admira en los dioses.

Pero, ¿cómo explicar este dominio «sin naves ni armas», sobre pueblos de raza, religión, costumbres, esencias y accidentes distintos, y aun opuestos, al alma española? ¿Cómo explicar que, en plena California, en las mismas entrañas yanquis, conserven las ciudades de El Paso, Los Angeles, Toledo, San Diego, no sólo su nombre español, sino los letreros de tiendas, almacenes y oficinas en español, que sea el español tan hablado allí, ó más, que el inglés?

¿Cómo explicar este dominio «sin naves ni armas» sobre la fina, cauta, numerosa, traficante, potente raza sefardí, que, exparcida de Salónica á Esmirna y de Alejandría al monte Tauro, en las rutas del algomavar y Andrés Doria, teje sus tapices, labra sus huertos, carga sus barcas y cincela sus armas y joyas, llevando, en los labios israelitas, la comunión del habla española?

Y de Tánger á Túnez, de Casablanca á Río de Oro, en los zocos morunos como en las factorías bubis, ¿no alterna nuestro idioma con los indígenas?

EL PALACIO DEL RAISUNI EN ARCILA



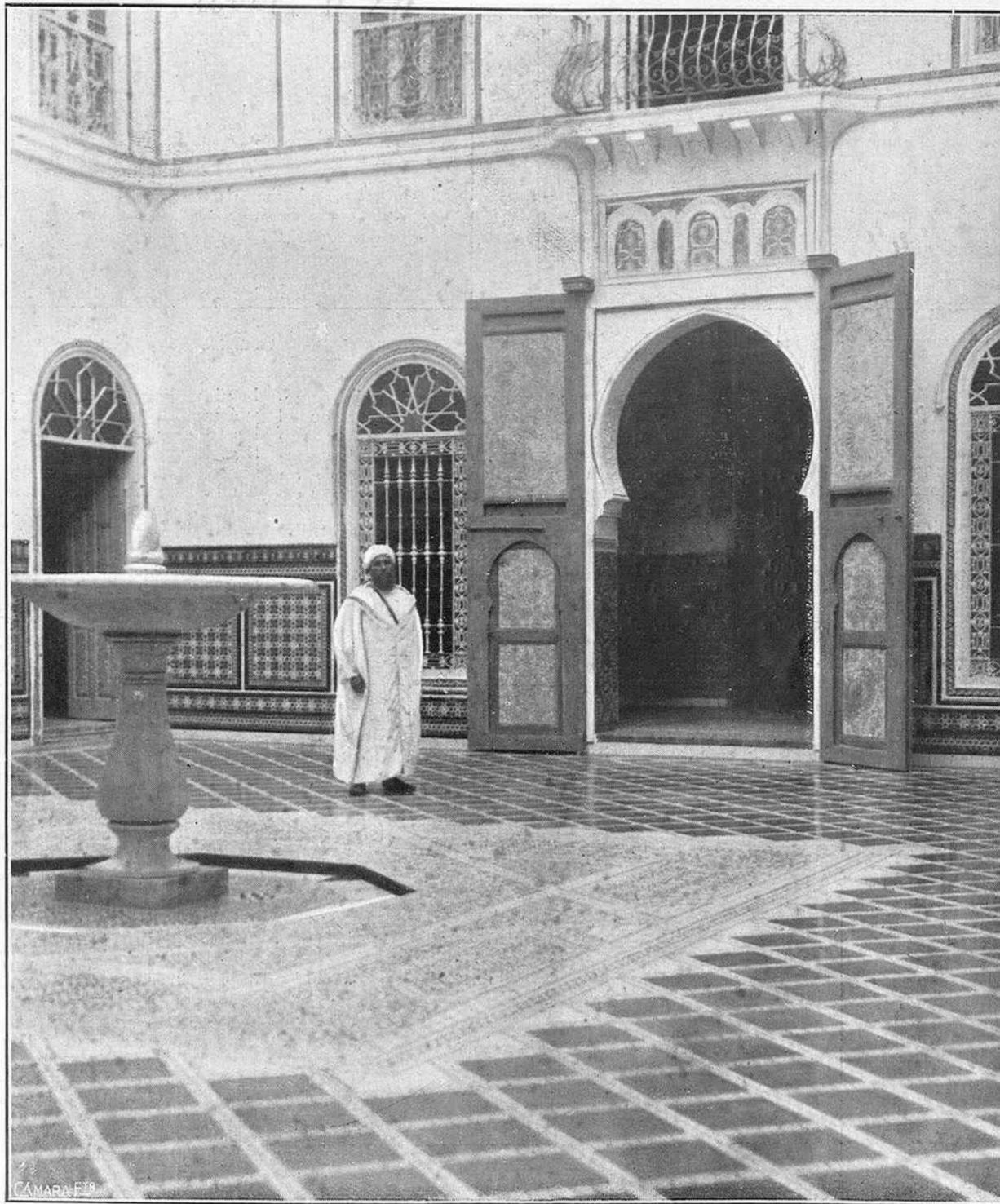
Sala y galería emplazadas frente á la playa de Arcila



Uno de los patios del Palacio, de puro estilo árabe

REFLEJANDO SU airosa silueta en las azules aguas del Atlántico, destácase sobre el blanco caserío de la moruna Arcila el flamante Palacio del Raisuni. Fué construído hace pocos años y regalado al famoso Cherif por los jefes de kabila que le permanecen adictos, dirigiendo la edificación y el decorado el mismo Raisuni. Hombre de gustos refinados y que, por las muestras, no carece de intuiciones artísticas, puso en esta graciosa obra arquitectónica ese inconfundible sello de aristocratismo que lleva en sí el arte árabe-andaluz, cuyo estilo es el predominante en este pequeño alcázar arcileño, destinado á apacible retiro de su poderoso señor, pero que por los inexorables decretos del Destino pasó á ser propiedad del Estado español á raíz de la rebeldía del célebre caudillo marroquí.

Rodean la espléndida morada sólidas murallas de piedra, que pueden en caso necesario servirle de defensa. Posee el Palacio magníficos aposentos primorosamente exornados al estilo clásico granadino. Hay, sin embargo, algunos detalles curiosos de construcción, como los ventanales y balcones del patio central, y que pueden verse en una de nuestras fotografías, cuyas formas europeas contrastan notablemente con la puerta



Patio central del Palacio y puerta que da acceso á las habitaciones superiores
(Fots. de nuestro enviado Sr. Diaz.—Prohibida la reproducción)

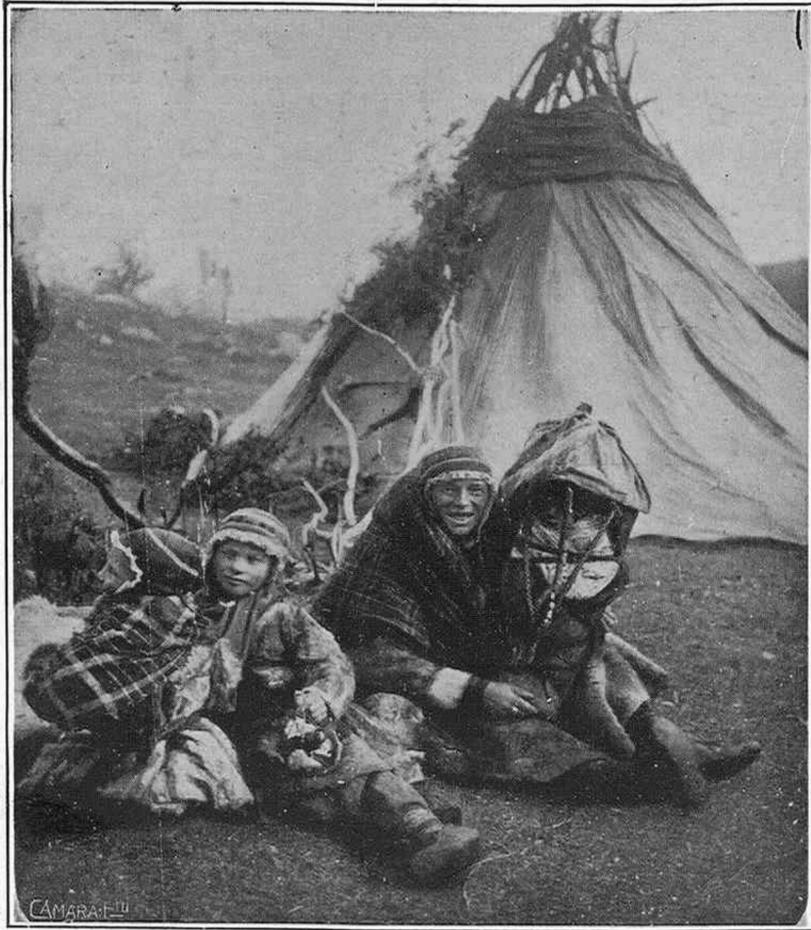
de acceso á los aposentos superiores, de puro carácter árabe. Lo más notable de esta suntuosa mansión es la sala de espera, probablemente destinada al harén del Cherif, cuya hermosa galería encristalada da vista á la bellísima playa de Arcila. Dicha estancia, digna de un sultán, hállase decorada con exquisitos artesanados y admirable labor de estuco.

La pequeña y pintoresca ciudad de Arcila se halla situada á 40 kilómetros de Tánger y 35 del Cabo Espartel. Cuenta unos 2.000 habitantes. Llamada también Azaila, es la antigua población fenicia Zilis, que luego constituyó la colonia *Julia Constantia* de los romanos.

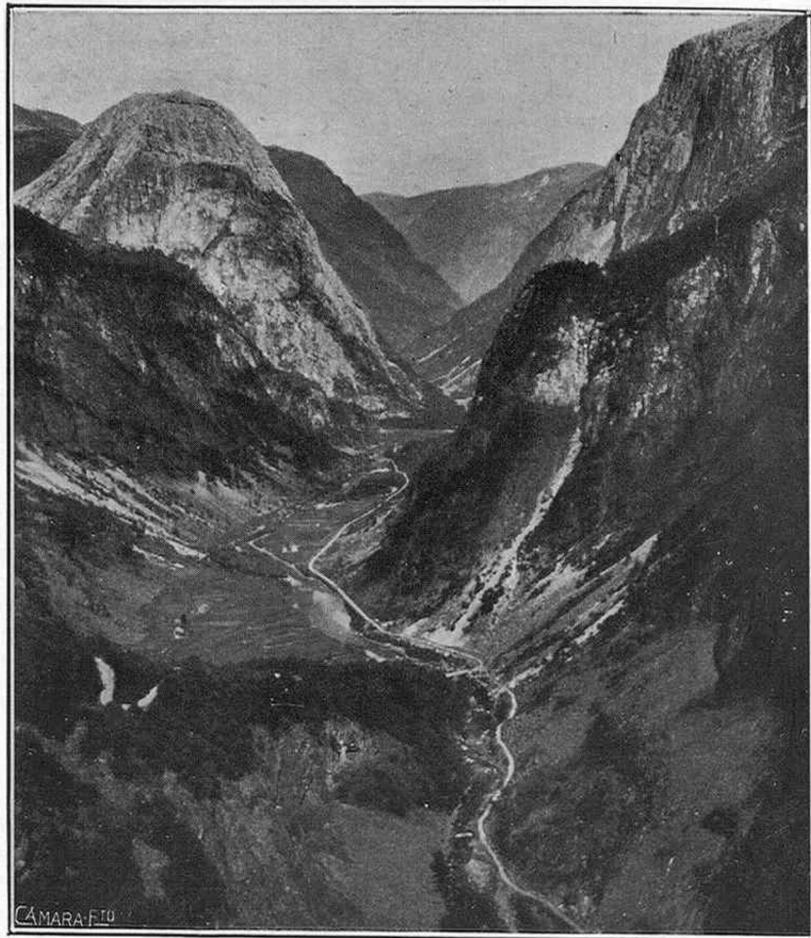
Fué después sucesivamente conquistada por los godos y los árabes (713), destruída por los normandos (840), conquistada dos veces por los portugueses (1471 y 1578), por Muley Rexid (1666), y bombardeada por los españoles en 1860.

Dispone de un fondeadero regular, hallándose protegido su frente marítimo por algunas torres y una muralla ruínosa de tapial morisco. Su fértil campiña y su favorable situación en la costa atlántica marroquí, explican el empeño con que á través de los siglos y desde edades remotas ha sido disputada por los pueblos conquistadores.

EN LA PATRIA DE IBSEN
NUNCA COMPRENDEREMOS Á NORUEGA



Campamento de lapones



Un desfiladero en la isla Naerol

Como Andalucía es la patria de la primavera, Noruega es la patria del invierno. Nosotros, meridionales, que sentimos el espanto del cielo gris y que nos vemos poseídos de tristeza cuando las nubes ocultan el sol, no concebimos cómo la naturaleza humana puede acomodarse y aclimatarse en esas latitudes. Sin embargo, nuestra incomprensión es absurda. Noruega, á juzgar por la fortaleza de su raza, por su cultura, por su alegría, por su laboriosidad, por su admirable aportación al progreso, es un delicioso y encantador país. Sin embargo, aparte un cortísimo verano, sufre los rigores más extremados del invierno. Dijérase que no hay gradación ni ilación entre ambas estaciones; que son dos países distintos, dos tierras diferentes según determina el sol una ú otra estación. Los turistas del Mediodía europeo no van á Noruega más que durante el verano. El espectáculo es sorprendente. Durante muchas semanas el sol permanece, sin ocultarse, en el horizonte. Es un día sin fin; á las veinte ó veintiún horas, cuando nuestro reloj latino marca las once ó las doce de la noche, este sol parece palidecer un poco; parece empenumbrarse, como si lo cubriese una gasa sutil; pero á las tres horas, cuando, según nuestro cálculo cronométrico, son las dos ó las tres de la madrugada, el sol vuelve á refulgir ardiente y luminoso. Para dormir tenéis que cerrar las puertas y cubrir las rendijas, porque si no, perderéis la noción del tiempo y os sentiréis poseídos de una suerte de turbación instintiva, fisiológica; un terror parecido al que acomete á los pajarillos durante un eclipse de sol. La Naturaleza misma parece rendida á esta permanente inundación de luz, y derretida la nieve, descubierta la tierra, se viste toda ella de un traje de hada, de un manto verde,

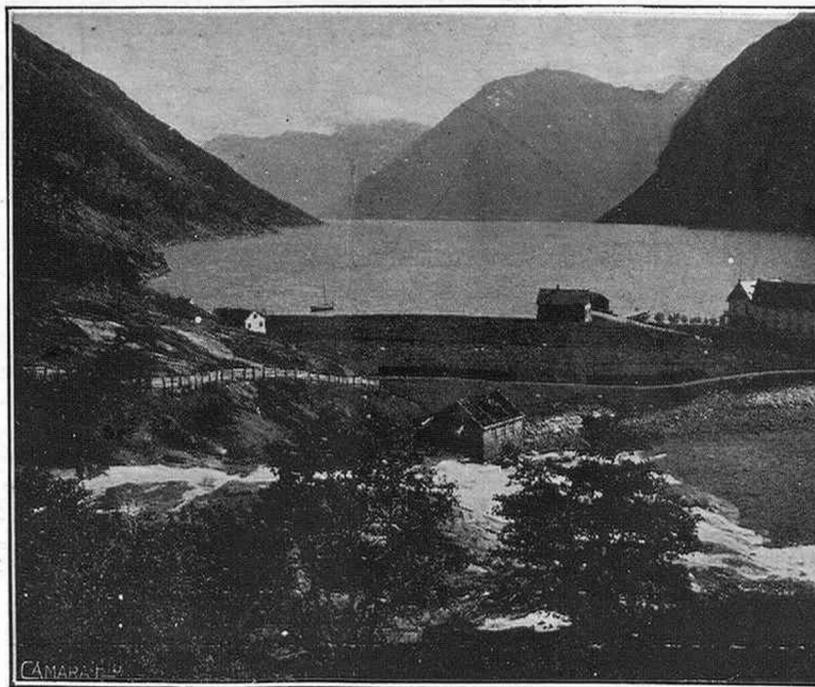
cuyas irisaciones superan á las de la esmeralda y á las del mar. No hay nada en el mundo que pueda comparársele; es preciso evocar colores y matices que hemos imaginado saliendo de un crisol de gnomos y de un bosque de ninfas y del lecho de espumas de las sirenas en una noche de ensueños...

Mas de pronto, rápidamente, en unas cuantas horas, he aquí el invierno. El sol desaparece y las horas transcurren y los días se suceden y las semanas se encadenan y el sol vuelve á mostrarse en el horizonte. La temperatura desciende; lenta, implacable, sin término, sin agotamiento,

la nieve comienza á caer; va cubriéndolo todo, y á medida que se detiene sobre el suelo, sobre los tejados, sobre los árboles, se hiela y cristaliza. A veces, la aurora boreal inflama el horizonte; otras, la luna suple la ausencia del sol. En la larga noche, Noruega no interrumpe su vida. Sobre la nieve corren los trineos y se deslizan las gentes montadas sobre sus *skis*. En los ríos helados quedan aprisionadas las minúsculas lanchas y las últimas avalanchas de troncos lanzados desde los montes; pero sobre el cristal del agua se hacen más cómoda y rápidamente los transportes. Dijérase viendo deslizarse á los patinadores con sus cargas, que todo pierde en esta latitud su peso y su densidad. Todo resbala, huye, corre con la suavidad y la flexibilidad de las sombras.

Un poco al Norte, acercándonos á Laponia, comenzamos á encontrar los rebaños de renjiferos, que podrían bastar con su carne, su piel y su grasa para alimentar, vestir y alumbrar á sus dueños, si no los necesitaran más para los servicios de transportes y si no tuvieran suficiente con cuanto les producen sus pesquerías y con los osos, lobos, linceas, martas, liebres, zorros, castores y nutrias y con las varias aves que pueden cazarse en sus bosques inmensos. Parece muerta la Naturaleza bajo este sudario del invierno, y he aquí que en ninguna región del mundo prodiga más fácilmente sus riquezas. Así, concíbese cuán poco basta para perpetuar en las tierras septentrionales esa extraña raza lapona, cuyo origen y parentesco con los aborígenes americanos han preocupado á tantos indagadores.

Pero, descendiendo hacia el Sur, ¡qué actividad febril, qué intenso progreso, qué orientación tan firme hacia un mundo nuevo! No hay necesidad de hablar de progresos ma-



Uno de los pintorescos fiordos noruegos

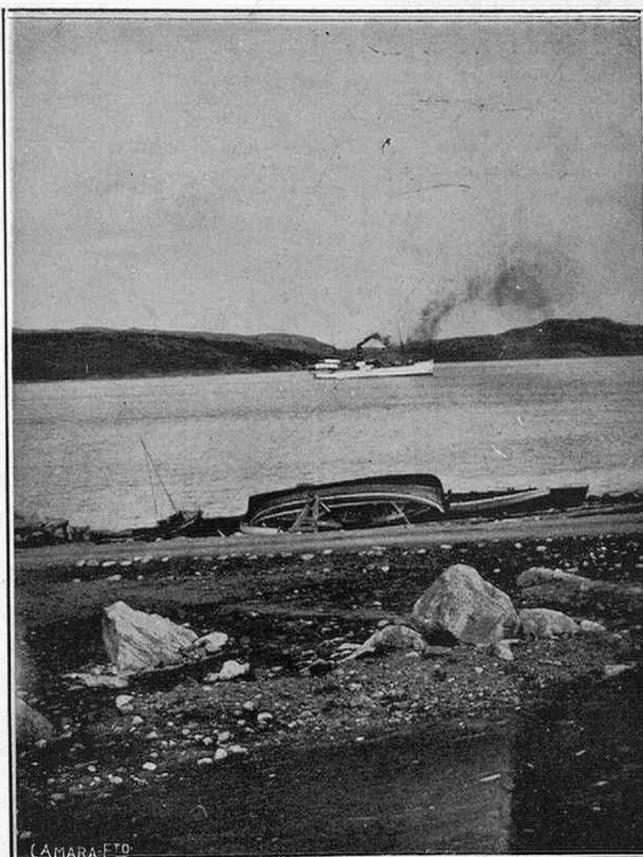


Embarcadero de mineral de hierro en Sydvaranger (Noruega septentrional), cerca de la frontera rusa, en el mar glacial

teriales, que en muchos casos no son prenda cierta de verdadera civilización. Noruega tiene algunas primeras materias que hacen fácil el desarrollo rápido de determinadas industrias: tiene madera en cantidades incalculables; tiene el rico y abundante hierro de sus minas de Sydvaranger; tiene saltos de agua sin límite. Así, la mayor estación hidroeléctrica del mundo es la que posee en Télémarquen, la Sociedad fabricadora de nitratos. Un caudaloso río, aprisionado en diez gigantes tuberías, desciende desde el monte y se transforma en una cantidad asombrosa de fuerza. Así, también, se multiplican numerosas industrias, que compiten y vencen en mercados como Inglaterra y como los mismos Estados Unidos.

Ni siquiera es preciso recordar cómo Noruega tiene un arte y una literatura modernísimos. Los pintores Thaulow y Edelfelt han sido precursores de los paisajistas actuales; Ibsen llegó á las cumbres de la fama mundial y ha influido veinte años en todas las literaturas. Y no es preciso recordar á sus cuentistas y á sus poetas y á sus filósofos, porque hay algo que puede indicarnos más pronta y gráficamente el grado de cultura de este país.

Considerad, por lo menos, la libertad, la independencia de la mujer noruega, que en pocos años ha conquistado una situación social y política exactamente igual á la del hombre. No hace mucho aún—en los novelistas y autores teatrales se encuentran reiterados testimonios, y especialmente en *El amante ciego*, de Lindgren—, las jóvenes noruegas se casaban con el novio que sus padres buscaban ó aceptaban, y no hablaban con él á solas sino después de los desposorios; no hace mucho aún, una joven noruega no se hubiese atrevido á salir sola á la calle. La ley ha libertado á la mujer, y la ampara contra



Un trozo de costa en la frontera de Noruega y Rusia

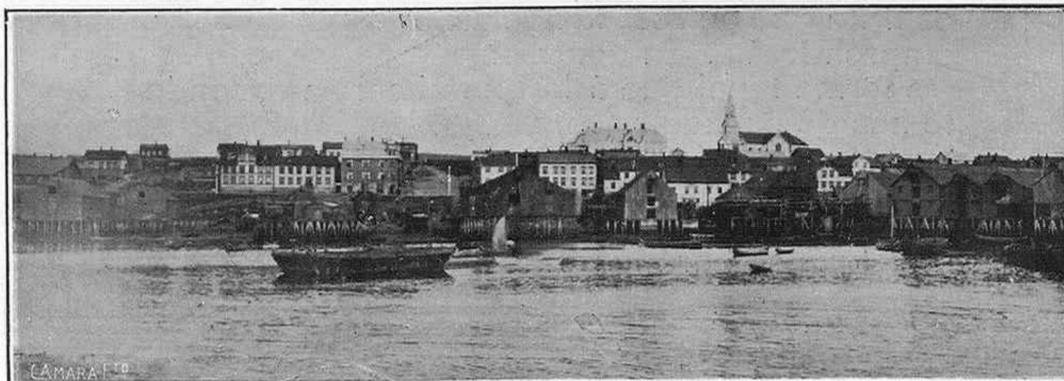
todo designio que no sea el de su libérrima voluntad. Soltera, puede estudiar, trabajar, viajar con el mismo derecho que lo hacen sus hermanos varones; puede aspirar á todos los oficios y carreras; á su hora tendrá su voto y será elegible. Casada, tiene los mismos derechos que el marido. Madre, la ley la protege especialmente. Una escritora francesa, desdeñando este progreso, escribe: «Las noruegas tienen á su favor las leyes; nosotras tenemos las costumbres.» Sin discutir esta afirmación, digamos que las españolas no tienen ni las leyes ni las costumbres. Pero la mujer noruega se siente amparada por algo más fuerte que el texto mismo de la Ley: por el ambiente de cultura creado por la escuela de primeras letras, con su pedagogía de realidades y de virtudes; por la escuela infantil, que es la mejor del mundo.

Se ha educado á la mujer para la libertad; pero antes se ha educado al hombre para respetar la libertad de la mujer. El hogar es una cooperación, un esfuerzo común. Las protagonistas de Ibsen son las anormales, las excepciones del régimen. En otras obras literarias, especialmente en la novela, podemos observar detenidamente este medio social que á las mujeres españolas parecerá, más que irreal, inverosímil.

«Al regresar del teatro—nos cuenta la heroína de una novela—confesé todo á mi padre: «Papá—le dije—. Vengo sólo á despedirme de ti. Me he casado.» Yo esperaba que mi padre, por curiosidad, me preguntase con quién; pero él me ofreció sus brazos abiertos para estrecharme en ellos y me dijo sólo: «Seguramente tu marido es digno de ti. Ve con Dios, hija mía. ¡El os bendiga!»

¡Qué lejos de España está todo esto!

MINIMO ESPAÑOL



Vista de Trondhjen, antigua capital de Noruega



LA JUVENTUD EQUIVOCADA



VIVIR de prisa y, sobre todo, vivir pronto y rápidamente es el lema adoptado por la Humanidad desde que el vendaval desencadenado sobre el Universo entero nos parece recordar que la existencia es efímera y dispuesta á quebrarse con facilidad suma. Los seres prudentes y reflexivos han desaparecido, dando lugar á otra generación que ansia ponerse en contacto con el bullicio, con el vivir fácil y tormentoso, con los placeres, con el desenfreno y con la degeneración.

Es la juventud, que empuja, suele decirse, cuando escasamente aparece un muchacho lleno de ilusiones y entusiasmo, que aspira á escalar prontamente los altos puestos. ¡Eso era antes, y de la juventud que de tal modo venía plena de entusiasmo podía esperarse mucho! ¡Ahora, desgraciadamente, es todo lo contrario!

Ahora es la juventud que aspira á envejecerse, á adentrarse en la vida mundana y sonora mucho antes de que ella misma le haya enseñado el camino del bien y del mal.

¡Los pollos *bien*! He aquí una conquista de los modernos tiempos, conquista que atrae, que subyuga y que arrastra á los apenas iniciados en la vida. Falsas alegrías y refinamientos de lujo en determinados sitios de placer han atraído á los muchachos, que antes eran más cautos en sus diversiones y esparcimientos. Actualmente no se consideraría, en verdad, digno de haber nacido hombre el que se lanzase á los *cabarets* ó la mesa de juego y á otra porción de diversiones análogas y malsanas, cuando hubiera pasado de su juventud primera.

¡Oh, no! Ya no sólo es entre las muchachas donde se puede apreciar el género de *tobilleras*; ahora existen también los *tobilleros*, y ¡Cristo nos valga con la generación que se prepara!

Las discusiones literarias han desaparecido; los Ateneos científicos arrastran vida mísera y triste; las iniciativas de algo grande y solemne son acogidas con chirigotas, y únicamente corren con paso rápido y seguro el desenvolvimiento del plan fácil y de la vida bullanguera; el apetitivo triunfa; las bebidas con nombres raros

son familiares; el argot de ruleta es el que se oye constantemente, y cuando nos hallamos ante un niño *bien*, á quien antes hubiéramos preguntado algo sobre tal ó cual rama del saber humano, hoy tenemos que oírle pacientemente sus descripciones pintorescas hechas en jerga más pintoresca aún que el propio relato.

¡No parece sino que las propias amas de cría vienen ya de su tierra dispuestas á enseñar á los pequeñuelos cuál es el cuadrante del 17 rojo ó cómo se pide un *gin-cocktail* ú otra porquería por el estilo.

¡Oh, la deliciosa juventud actual!

Il faut que jeunesse se passe, dicen los franceses, atendiendo á la necesidad de que la juventud se divierta y aproveche los años floridos y encantadores de las ilusiones.

Nada hay que oponer á semejante afirmación; lo únicamente discutible es el saber si como debe pasarse la juventud es al modo que la han entendido los muchachos de ahora, viejos prematuros, lanzados á los tumultuosos pasos de la vida desordenada mucho antes de que la verdadera ruta de su vida se haya significado.

¡Vivir de prisa, no para los negocios, sino para las diversiones, para los placeres!...

He aquí el lema de los pollos *bien*. Vivan cuanto quieran y como les agrade. ¡Antes coronarán sus sienes las nieves del desengaño!

A. R. BONNAT

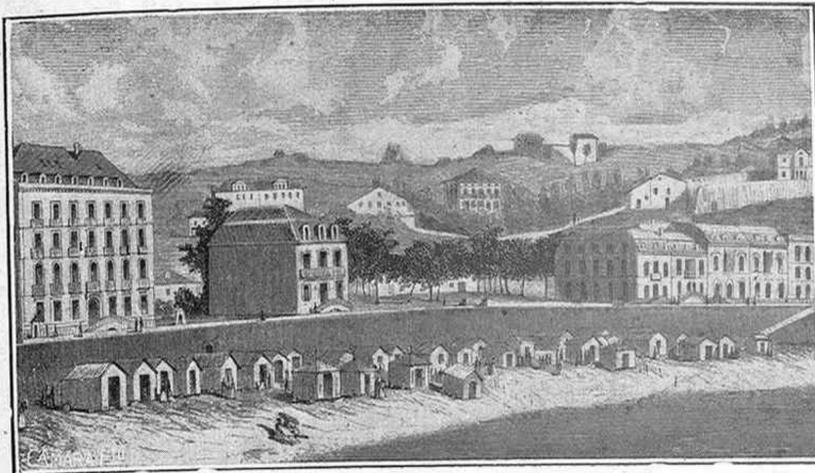
DIBUJO DE ECHEA

NOCTURNO ESPIRITUAL

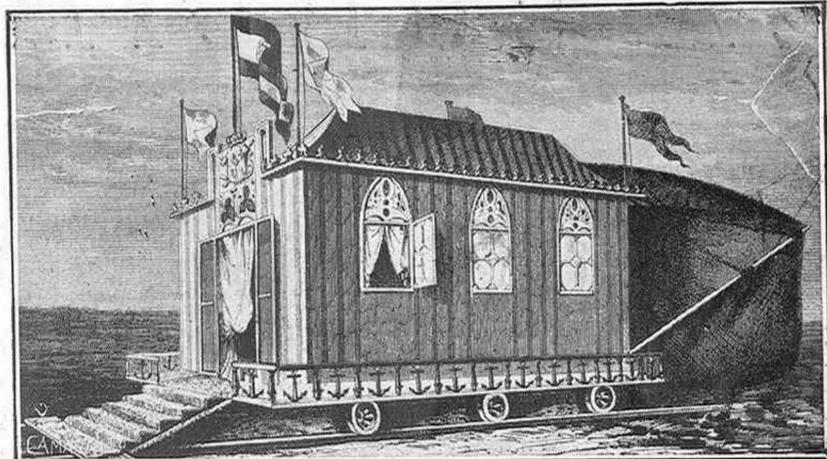
Disponte, alma mía, rendida,
á contemplar este atardecer...
(Pon una rosa sobre cada herida
y una caricia sobre cada ser.)
Oro y azul en el dormido ocaso...
(Alma mía, ¿no fué tu ensueño, acaso,
un ocaso también de oro y azul?)
Una nube lejana finge un tul
constelado de estrellas diminutas...
(Alma divina, que el misterio excrutas,
¿no fuiste vaporosa como un tul?)
Pausadamente,
silenciosamente,
se va extendiendo sobre el campo yermo
una sombra nocturna... ¡Pobre espíritu enfermo!
¡También tú te vas extinguiendo
y consumiendo!...)
Lejanamente, el oro
desvaído del sol pone un tesoro
de raras refulgencias centelleantes...
(¡Triste espíritu mío! ¡En mis versos, sedantes,
también tú pones gemas y diamantes!...)
Y una tarde, también, ¡oh, taciturno
espíritu que sufres!, tu nocturno
emprenderás... ¿En dónde?...
De forma igual que á la que el sol se esconde
te has de extinguir, ¡oh, amigo!
Yo emprenderé contigo
tu rara caminata silenciosa,
y en la noche angustiada
tu psique se hará luz y mariposa...

XAVIER BÓVEDA

LAS CASETAS DE LOS REYES



Vista de San Sebastián hace setenta años



Caseta de la Reina Doña Isabel II, en la playa de Gijón

RESULTAN algo deleznable las casetas de los Reyes, pues parece que debieran tener una caseta de piedra que fuese como un castilleto en medio del mar.

Son como barracas las casetas de los Reyes, cuando debieran ser otra cosa más consistente en relación con sus palacios. Se falta á la lógica de la magnificencia con esas casillas de madera.

—Es que son las tiendas de campaña del mar —me contestará alguien—, y ninguna tienda de campaña necesita ser suntuosa para ser tan digna del Rey como del último soldado...

—Es verdad—contestaría yo á ese interlocutor posible—; pero esa tienda de campaña del mar tiene cierta permanencia y admite dentro, en recepción imprescindible, á algún presidente del Consejo y á algún ayudante... Debiera ser más importante...

Yo propondría que la caseta de los Reyes fuese un gran buque de guerra encallado, pudiéndose bañar toda la familia Real en unas cabinas formadas á propósito en la proa ó en la popa, es decir, en el sitio que el buque dirigiese hacia el mar, pues ese barco fletado para la arena se podría orientar hacia el mar ó hacia la tierra.

La barraca de madera me parece poco para

los Reyes y me resulta como una cosa teatral de tramoya barata.

Todo el hecho de bañarse los Reyes está desprovisto de la etiqueta especial que debiera rodear ese acto. Claro que es que en el tiempo que se inventó la etiqueta los Reyes no se bañaban, y tanto, que Felipe II se reía de eso y creía que era pecado de Lesa Majestad cometido por el Rey mismo contra sí mismo el despojarse de los ropajes y atributos de Rey de tal manera que pudiese aparecer en él el Adán primitivo sin ningún atributo real. Por eso le picaba tanto la cabeza.

¿Qué Rey de Castilla fué el primero que se metió en el mar para ser bautizado por esas aguas inmensas que son las que más bautizan con el nombre de Rey?

Más secreto debía ser, sin embargo, el acto de bañarse las personas Reales. En tiempo de Isabel II, una especie de red tupida ocultaba á la persona real al final de esa caseta sencilla como caseta de un particular, que la Reina estableció en Gijón, en la época en que Gijón fué la predilecta ciudad Real del verano. ¡Qué nostalgia le queda de entonces!

Dispuestos los grandes prismáticos para ver todo, es algo insólito ver la realeza en traje de baño.

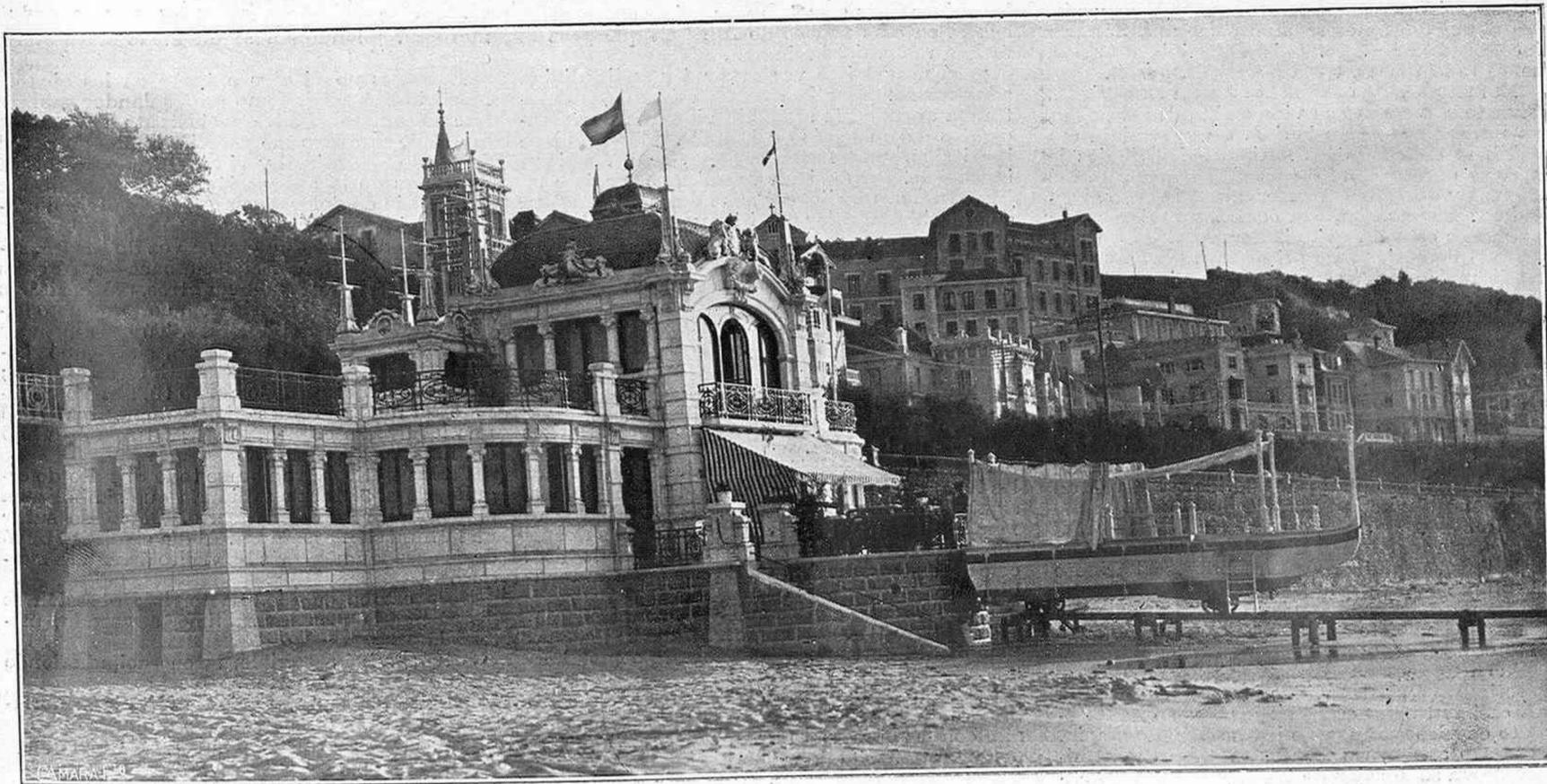
La gran caseta de madera, por lo demás, tie-

ne sus ventajas y simpatías, y la principal es que hace al Rey democrático y sencillo, mezclándole más á la emoción de todos y viéndosele tan humano como cualquier veraneante, sobre todo en ese momento final de la mañana en que, después del baño, surge el apetito fuerte despertado por el mar y por el baño, que da á todos un hambre optimista, una grata clase de hambre que sólo gozan los veraneantes, y Su Majestad, poseído del mismo apetito, deja su caseta para dirigirse á su comedor, más dentro que nunca de la vida cotidiana y real, y viéndose con todo su relieve una hora de historia contemporánea.

Nada que haga tan vivo ciudadano del mundo á un ser humano como esa huída rápida, ansiosa y casi bíblica del hambre de la una y media de la tarde en las playas.

La caseta del Rey se queda tan vacía como las demás casetas en la playa vacía, y entonces se rectifican las ideas de excesiva grandeza que nos exigen más importante arquitectura para la caseta del Rey, y se comprende que en la sencillez de la vida y en la sincera sencillez veraniega está bien esa caseta de madera, ágil y fresca, pabellón de expansión universal, pequeño balneario como todas las «Perlas» de los Cantábricos y los Atlánticos.

RAMÓN GOMEZ DE LA SERNA



La actual caseta de los Reyes en San Sebastián

CUENTOS ESPAÑOLES

LA SUBLIME MENTIRA

Cuando murió la marquesa de Dalmar, su hijo Carlos estaba lejos de España. El doctor Izalde, el antiguo amigo de la familia, hizo todo lo posible por averiguar su paradero. Tuvieron que inhumar los restos de la noble señora sin que al cortejo sinceramente dolorido de sus amigos se uniese el dolor filial.

Mientras la lujosa carroza iba hacia los cementerios de la Puerta de Toledo, tan solemnes, con tan melancólico recogimiento, el doctor lamentaba la ausencia de Carlos Dalmar.

—No ha sido posible encontrarle—. Y agregó, después de una honda pausa: Yo creo que hubiera acompañado los restos de su madre á la última morada... La muerte borra todos los rencores.

A un gesto de asombro de su acompañante, el doctor replicó:

—Ya sabe usted que Carlos no veía á la marquesa desde hace diez años. Algo muy grave debía de haber ocurrido entre ellos para separar así á un hijo de su madre. Sin embargo, yo, que soy el único que sabe la verdad, quiero referirselo á usted, y creo que así honro como merece el recuerdo de esta santa dama, espejo de virtud y de talento, madre sublime entre las madres.

Usted también fué amigo del marqués de Dalmar, el hombre grande, el estadista insigne. El marqués murió joven aún, en el esplendor de su gloria. Su esposa fué modelo de austera viudez, como antes lo fuera de ternura conyugal. Admiraba y amaba á su marido, la doble manifestación cordial que necesitan los hombres de genio. En el palacio todos rendían culto al alto valor intelectual del padre. Luis, Herminia y Carlos, sobre todo Carlos, tenía adoración por él.

El marqués, de muchacho, fué un torbellino... Cuando se remansó su vida en la paz del hogar, ya llevaba la secreta herida. Su naturaleza era débil, el rastro de los antiguos libertinajes le minaba por dentro. Su época de gobernante fué azarosa y difícil. ¿Qué enfermedad le llevó al sepulcro? Su corazón, sus centros nerviosos, sus pulmones estaban aniquilados. Amó demasiado y vivió demasiado de prisa. La tara de un terrible mal degenerador y su excesivo esfuerzo mental, le destruyeron.

Martirio Fontanal, la marquesa de Dalmar, supo ser esposa amante, fidelísima compañera, y en los últimos años abnegada hermana de la caridad. Pero una fatalidad misteriosa parecía pesar sobre ella, como la influencia de su nombre bello y doloroso. Luis, el primogénito, al llegar á los veinte años, enfermó de un mal extraño y rapidísimo. Había sido un muchacho normal; pero al tocar ese punto de su vida, su juventud se derrumbó como por un inevitable cataclismo interno. Muy pronto parecía el fantasma de sí mismo. En los últimos días de aquel otoño que se lo llevó, recordaba de un modo escalofriante al difunto marqués...

Fuó un dolor sublime; los agudos puñales de la madre de Cristo se clavaron en el pecho lacerado de la marquesa.

Fuó entonces cuando cerraron el palacio y se retiraron á su finca de la montaña. Herminia era casi tan bella como su madre; una adolescente en plena pompa de juventud y de gracia. El pecho ancho, los flancos mórbidos y rítmicos, de un sano color de trigo, y la boca encendida... Los ojos de la marquesa veían la fragante juventud de Herminia con una sombra de presentimiento. A pesar de vivir á pleno aire, en



las cumbres doradas por el sol, como una fuerte virgen campesina, al llegar al trágico punto de los veinte años comenzó á mustiarse como una acacia en esas noches de Abril en que pasa la última racha del invierno...

¡Fué muy triste ver morir á aquella divina adolescente! Parecía que un aliento de ultratumba apagaba la luz de la vida en los descendientes del marqués de Dalmar. ¡Era un plazo inevitable, una fecha cruenta, una fatalidad invencible! Como si un vampiro se sorbiera su juventud, sus mejillas y sus manos se tornaban de amarillento color de cirio, y su boca cárdena dejaba escapar un silbo metálico. Sus ojos, donde resplandecía la gloria de la vida y de la juventud, fueron vidriosos y apagados. ¡Oh, el dolor de sus senos triunfales como devorados por un monstruo alucinante! Una tarde se la llevaron al cementerio aldeano, en el blanco ataúd de las vírgenes. Un cortejo de muchachas la siguió con lágrimas, llevando las blancas cintas del féretro. El sol de Octubre, amarillo y melancólico, doraba el blanco entierro por los grises caminos de la aldea.

La marquesa volvió á Madrid. Huía de todos los lugares, como si un enemigo invisible la persiguiera. Carlos era pequeño. En él reconcentró Martirio Fontanal todos los amores de su corazón. El niño era inteligente y se iba criando bien, como los otros, ¡hasta que llegase la fecha terrible!

La pobre madre vivía con esa amenaza de pesadilla sobre el alma. Su gran belleza se iba abatiendo. El infortunio no era galante con su hermosura espléndida y patricia.

Carlos tenía el culto de su padre. En la sombría biblioteca del palacio se llenaba el espíritu con las obras del marqués, insigne historiador y portentoso talento político. El niño estaba orgulloso de su nombre. Ese noble orgullo fué el eje de su carácter, henchendo toda su alma, sin dejar un huequito para comprender el amor y el dolor de la marquesa.

¡El quería ser como el padre, sabio, fuerte para la defensa de sus ideales; continuar dignamente la tradición de sus blasones y el prestigio intelectual de su apellido!

Carlos llegó á los veinte años sin que asomara el terrible espectro...

Yo le visitaba como médico y comunicaba á la madre mis esperanzas. Pero aunque no estaba enfermo, al aproximarse la fecha su pensamiento comenzó á preocuparse hondamente.

—¡Moriré como mis hermanos!— decía.

Era robusto, había hecho una vida austera, de orden y de cultura física. No tenía ninguna lesión; pero la idea fija amenazaba con alterar el equilibrio de su naturaleza.

—¡Moriré como mis hermanos!

La misteriosa acción de lo psíquico le quebrantó, por fin. Era una idea tenaz y corrosiva. Comenzó á enflaquecer y á perder el color. Sin embargo, yo no notaba en él los síntomas ciertos, fulminantes que habían matado á Luis y á Herminia.

—A este muchacho le aniquila la aprensión, el terror supersticioso de lo que él cree inevitable. Pero, en realidad, no tiene nada.

Cada día empeoraba visiblemente. Era un caso grave de una enfermedad irreal, basada en la autosugestión. Yo no sabía qué hacer. La marquesa lloraba día y noche, viendo cómo también se iba aquel último hijo de su carne, pedazo de su alma, condensación de todos sus sacrificios y sus ternuras.

—Carlos cree en la fatalidad de la herencia morbosa. ¡Si hubiera algún modo de quitarle esa sugestión!

Entonces yo vi algo extraño en los ojos de Martirio Fontanal, como un resplandor sublime que no comprendí en aquel instante. Cuando me lo conté, su rostro me pareció iluminado por el fulgor de la santidad y vi en su frente la corona de zarzas de la anbegación. Martirio realizaba el misterio de dolor de su nombre, con una sonrisa trágica y sublime.

—Hijo mío—le dijo con su voz de madre, suprema cifra de la emoción humana—: Tú crees que te vas á morir, como los otros, porque llevas en tu sangre una herencia de muerte. Quiero hacerte una revelación dolorosa. Tú eres bueno y me perdonarás. Tus hermanos, sí...—¡qué horrible desgarramiento debía sentir en su alma!—; ellos estaban condenados; pero tú, no. Yo he tenido un amor inconfesable, ¿comprendes? ¡Fué una locura, un crimen, lo sé! ¡Y tú no eres hijo del marqués de Dalmar!

Carlos sintió derrumbarse todo el culto de orgullo, de nobleza, de sabiduría que simbolizaba el nombre del padre muerto. Debió de sufrir una conmoción espantosa. Al día siguiente huyó de su casa y nunca más ha vuelto á ver á la marquesa.

Pero estaba curado. La terrible obsesión se disipó por la mentira sublime, abnegada, maternal...

Salvó la fecha terrible, la encrucijada donde le aguardaba la muerte...

Martirio, la santa, espejo de virtudes señoriales y madre sublime antes que mujer, se ha ido sin revelar su sacrificio. Me hizo jurar que nunca lo diría; pero, ¿verdad que yo debo contárselo á Carlos, para santificar su memoria?

EMILIO CARRERE

DIBUJO DE ECHEA

DIVAGACIÓN INVERNAL EN LA MONTAÑA

PUPILAS EN LA CUMBRE

FERVOROSAMENTE hemos dedicado este claro día casi estival á respirar á pulmón libre, á sentir la vida en gloriosa plenitud frente á la visión sedante de la Naturaleza, lejos de la urbe cosmopolita y absorbente.

Al anochecer, de regreso, la ciudad se nos muestra como misérrimo acervo de cubiles deformes y mezquinos. Y es que cuando se mira hacia la Humanidad después de habernos identificado en un diálogo inefable con la Tierra, los hombres son á nuestros ojos como febles liliputienses que se agitan á un impulso mecánico, peleles sin voluntad y sin grandeza.

En esta soledad del alma entre las muchedumbres, recordemos las solitarias emociones puras, hondas, altas, del día que es acabado. El corazón, panteísta, tiene nostalgias de la Sierra y, como novio, quiere hablar de ella, de su esbeltez, de su arrogancia majestuosa, de sus pupilas, sobre todo de sus pupilas...

¡Oh, los ojos de la montaña, color del tiempo! Hemos ascendido hasta la cumbre y traemos el ánima henchida de la contemplación de sus enormes pupilas quietas, mudas, serenas...

Las lluvias habían cesado. El frío huía, envuelto en su manto de armiño, para tornar, con el lobo, en la inverna próxima. El Sol, vibrante y eternamente joven, volvió á prodigar el vívido calor de sus caricias á la Tierra, sonriéndolo jocundo, como el amado á la virgen que espera—temblorosos los pétalos de sus rosas intactas—sobre el tálamo de las nupcias. Y otra vez volvió á derramar sobre ella el dorado polen de sus rayos fecundos.

—¡Laudo á Ti, sagrada Naturaleza, que oficias ante el ara del Universo, con la hostia solar, á la luz pristina del alba!

Por la gracia del Sol, su viva lumbre fundió en llanto la nevada—¡llanto que fertiliza las praderas!—, y, descendiendo de las ingentes crestas de los montes á la mansa paz de los valles, la nieve se hizo lágrimas entre risas de oro...

Pero en lo más altivo de la Sierra, entre la roca viva—faz rugosa del mundo—, el deshielo dejó de cara al cielo, en unos cuencos enormes, dos lagunas claras. Entre las quiebras de las peñas, bordeando las órbitas, el silvestre herbazal finge broncas pestañas á estos ojos estáticos, solemnes. Como los ojos quietos de un buey mitológico, estos de la serranía—gigante vaca uncida al planeta como á una noria que girase incesantemente—van copiando un día y otro los múltiples mirajes lejanos que el infinito ofrece.

Al clarear el día, cuando de la tierra se desprende un penetrante frescor—como de mujer que, tras dormir á la serena, se yergue en indolente despezo—; cuando de allá abajo suben imperceptibles los tintineos metálicos de las esquilas, vosotras, pupilas solitarias, suavemente celestes, os rizáis con la mañanera brisa, vuestras retinas claras adquieren extrañas opalescencias, nacarinos reflejos. Y el más trasnochador de los luceros deja de llorar sobre vosotras su eterna lágrima de plata para que el Sol, desde el azul sin mácula de la mañana, como un narciso ávido de espejos, se mire en vuestras linfas inmotas, no dejando, empero,

de recrearse con su propia belleza en el espejo convexo del mar y en el charco cenagoso, en el mojado borde de la herrada y en el anca sedosa del potro, en los brillantes cuernos de la res y en el cristal de la humilde ventana; en todas partes simultáneamente, uno y proteico, como el mar y el fuego que viven y alientan por su omnimoda gracia.

Y cuando el Sol mira hacia la Tierra, abarcando desde el cénit toda vuestra extensión, os

to como coruscante broche de la nocturna clámide.

En la mayestática paz de la noche, que envuelve á la Tierra como un férvido amante en una inmensa caricia de silencio, vosotras, insomnes pupilas eternamente abiertas, miráis con amor hondo y estático á las novias lejanas, las estrellas. Y en el terciopelo obscuro de vuestro fondo, titilan miriadas de luceros áureos, luceros verdes, luceros blanquecinos, luceros levemente rosados, luceros azules...

La tierra se abre, en una latente eclosión, por todos sus poros.

El relente, como una caricia húmeda, palpita en la sombra.

Y vosotras, ojos de la cumbre, perennemente quietos, fulguráis un instante en un estremecimiento de placer, al reflejar el paso de una estrella errante que rubrica, fugitiva, este nocturno amor de la Naturaleza.

Pupilas de la Sierra, que habéis sido rozadas como por un extraño presentimiento por las alas del águila á quien no pudisteis seguir en su libre y ancho vuelo, presas en las rocas órbitas; que vibrásteis de ira, ofendidas en vuestro eminente retiro por el cruzar rápido de una bala perdida; que habéis reflejado, absortas, el planear ruidoso de un raro pájaro de hierro en el que un hombre, por la primera vez, se elevaba, dueño de su vuelo, seguro de su camino, más alto que vosotras mismas. ¡Y no habéis podido sobrepujar su audacia, aun desasiéndoos de las cuencas que os aprisionan!...

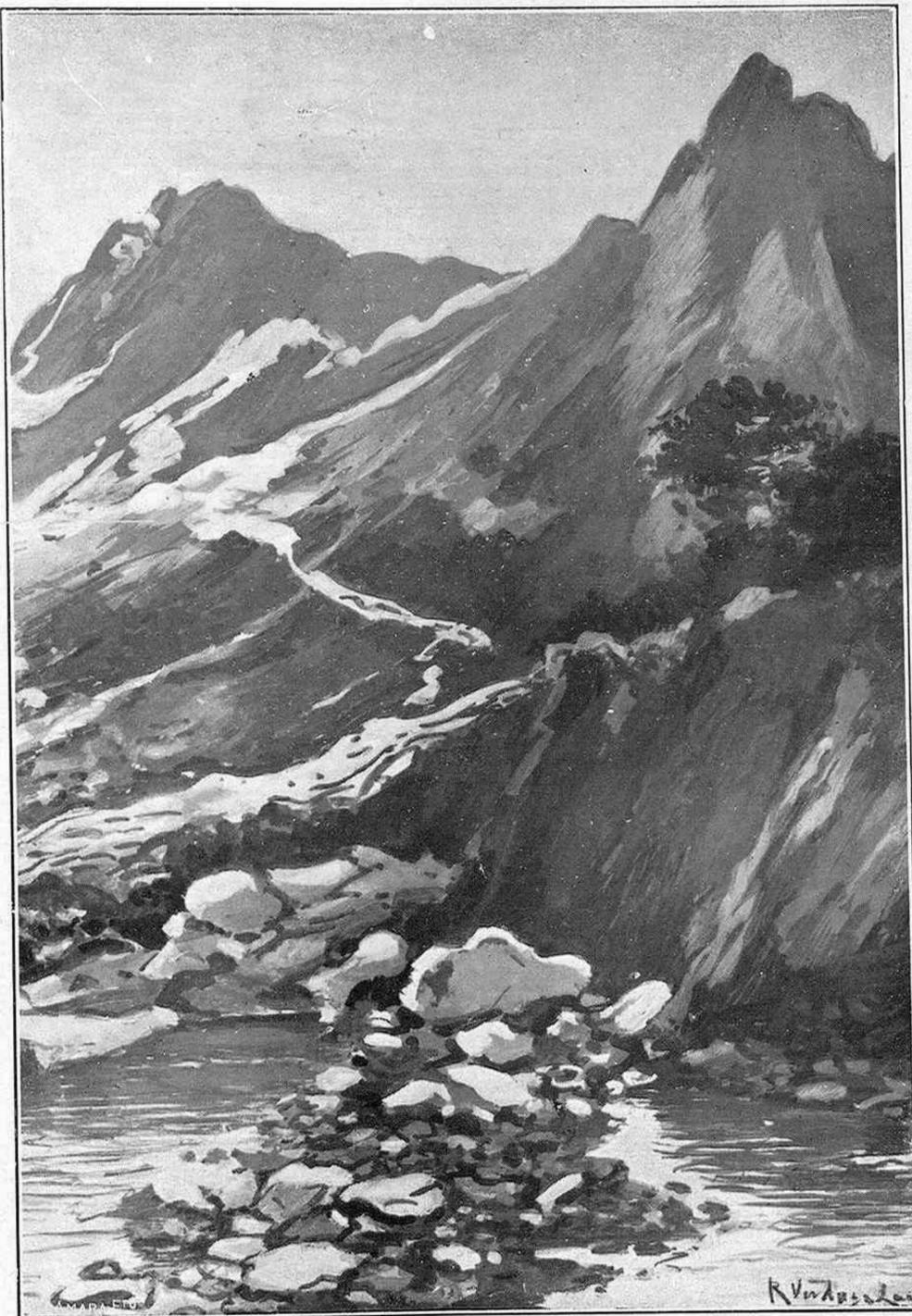
Como aquella mujer que cegó de tanto mirar hacia la hermética lontananza, vosotras, pupilas del color del tiempo, una tarde de la ardiente estiva miraréis al Sol ávida, intensa, fatalmente; y, subyugadas por su caliginosa caricia, os desprenderéis de la roca, sutilizándoos lentas, silenciosas, hasta secar el cuenco, y, viajeras en una nube, vagaréis errabundas por el espacio azul que tan místicamente reflejáis ahora. Y la montaña yacerá ciega, heridos los bellos ojos por la lanza áurea del Sol, como un coloso derrumbado ante su enemigo que recibiese de éste una inmensa caricia de paz en las órbitas secas...

¡Pupilas de la cumbre! ¡Quién pudiese, como vosotras, tenderse por la inmensidad de los cielos, desde la nobleza de las rocas, y apartarse por siempre de la paupérrima visión de la vida en las calles, con sus estridentes alegrías huecas y sus plañidos insinceros, y de aquella otra visión de la muerte en los campos de batalla, con su horrrisona zalagarda y su fratricida luchar, para reflejar eternamente esa otra vida más pura, más serena, de los astros errantes, de las nómadas nubes!...

Aun cuando después, prisioneros en el amor del Sol, tuviésemos que ir, volatilizados, hasta el Sol mismo para recobrar nuestra libertad. ¡Y aun cuando ciegos quedásemos, por el más ardiente de los rayos heridos!...

JUAN G. OLMEDILLA

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

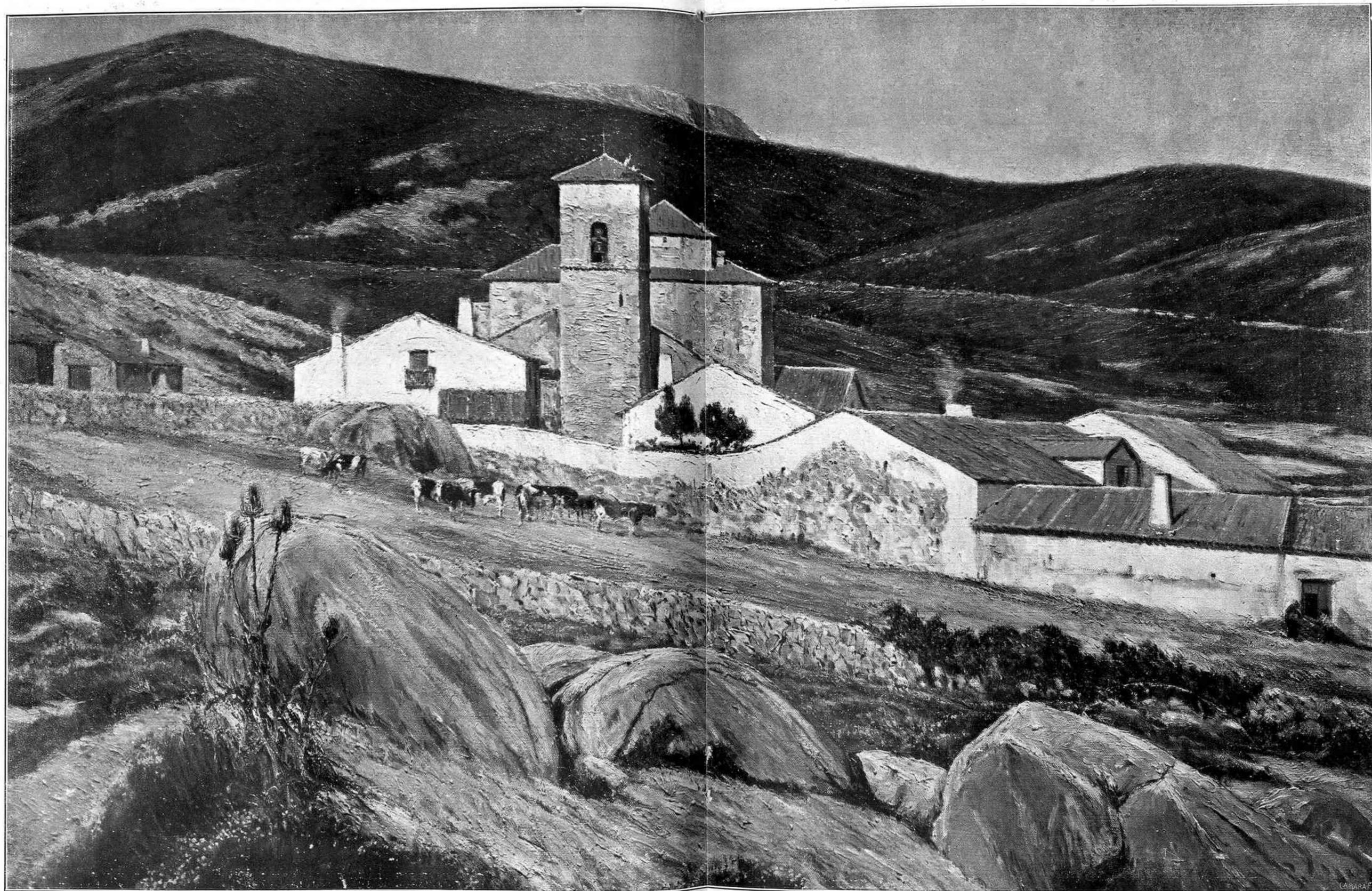


hace de oro, fulgurantes, como bruñidas adargas de viejos titanes guerreros... Después, en intermedio augusto, os tornáis azules, de un azul que se intensifica paulatinamente, á medida que la tarde declina majestuosa, como una matrona opulenta, hacia el ocaso.

Luego, copiando el fuego que el Sol envía al cielo desde el confín, os incendiáis, apasionadas, como si exteriorizáseis, sintiéndola, toda la cólera de todos los galeotes del Dolor, de todos los precitos de la Humanidad que gime, que blasfema, que se destroza encarnizadamente, encadenada como está á su propia impotencia de hombres que intentan convertirse en dioses vanamente.

Más tarde, la lucerna tranquila del Véspero—nuncio de la noche—riela en vuestro fondo tan misteriosamente, que más parece surgir hasta vuestra superficie desde la entraña misma del mundo, que no espejarse desde el firmamen-

PAISAJES ESPAÑOLES



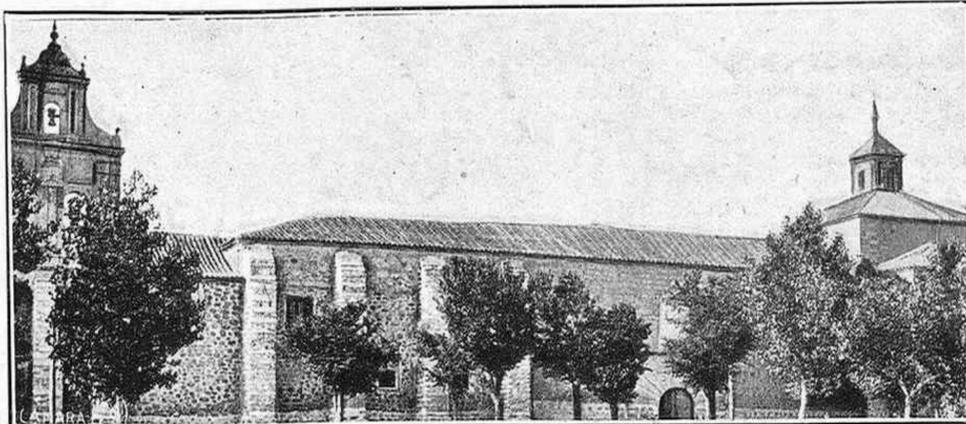
LA IGLESIA DE CERCEDILLA

Cuadro original de José Blanco Coris, que figuró en la última Exposición Nacional de Bellas Artes

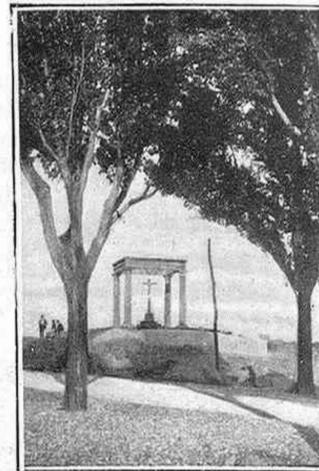
PÁGINAS DEL CENTENARIO TERESIANO



Santa Teresa de Jesús



Convento de la Encarnación, en una de cuyas celdas se verificó el milagro de la Transverberación



Ávila. Los cuatro postes

PITO, TAMBORIL Y PANDERETA

EL 24 de Agosto de 1562 se abre al culto, en Avila, la primera casa de la Reforma del Carmelo, el Monasterio de San José. «Rinconcito de Dios y paraíso de su deleite» llama Teresa á este su primer palomar místico. Una esquilita de tres libras tañe alegremente en el frescor de la mañana; en la ciudad mística y silenciosa se advierte una singular agitación. El Monasterio que acaba de fundarse no tiene rentas; las Carmelitas vivirán de la caridad pública, en el locutorio no habrá conversaciones deshonestas y mundanas, ni se hará música, ni se platicará de amor. Las monjitas no probarán la carne y dormirán en una estrecha y dura tarima de madera.

Y la esquilita de tres libras anuncia la buena nueva á los hijos de Avila. Acaba de exponerse el Santísimo Sacramento en el altar de San José. El obispo, D. Alvaro de Mendoza, es un decidido partidario y un devoto amigo de la madre Teresa. Con las cuarenta libras de oro que ha mandado á éste su hermano Lorenzo, tesorero general de la provincia de Quito, en las Indias, ha realizado el milagro de la primera reforma. Silban los pitos, repican los tamboriles, manos diestras y femeninas tañen las panderetas cuando el Cordero Inmaculado toma posesión del altar de San José y del corazón de sus esposas, las monjitas. Teresa, que está en el coro, tiene su cara, siempre alegre y graciosa, como iluminada por un vivo resplandor. Un angelito, caribobo y risueño, hiere su corazón con el primer dardo de fuego...

Y de la calle penetra en el coro un sordo rumor de protesta y de escándalo. Los devotos y edificantes abulenses no quieren oír hablar de la reforma. En el Mercado Viejo, en la calle de Don Pedro, junto á la Catedral, hay grupos de mujeres y de hombres que vocean indignados. Surgen oradores espontáneos en la calle. «Esas monjitas—dicen al pueblo—quieren vivir sin rentas; robarán, por lo tanto, el dinero de los pobres.» Van y vienen los exaltados de San José á la Encarnación, desde la Encarnación á la casa del corregidor. El corregidor interviene. Pero lejos de calmar á los revoltosos, les excita más y más á la violencia. Las turbas llegan hasta San José. Han forzado la puerta y tratan de expulsar á las monjitas. Una novicia les detiene: «¡En el nombre de Dios—les dice—, repórtense, hermanos míos! ¡Temed la justicia de nuestro Rey Don Felipe en la tierra y de nuestro Señor en el cielo!»

La arenga contiene á los perseguidores. Pero el celoso corregidor congrega á las «fuerzas vivas» de la ciudad para que tomen acuerdos. Y el hombre, formalmente, sin la menor ironía, muy seriamente, como corresponde á todo corregidor de antaño y de hogaño, sostiene estas proposiciones irregulares: «Debe ser sospechosa para nosotros esta fundación, porque es una novedad. La fundadora es una mujer que se dice asistida de las revelaciones de Dios; desconfiemos, por lo tanto, de ella.» Este argumento de fuerzas vivas produce honda impresión en la asamblea. Las monjas van á ser expulsadas de San José; Teresa será huésped de los calabozos del Santo Oficio... Una voz, una sola voz se oye en defensa de Teresa: la del padre Báñez. «Tened en cuenta—dice, retando á los prestigios de la ciudad—que no es este pleito de fuero civil, sino de jurisdicción eclesiástica. El obispo es el llamado á resolver.»

La asamblea recoge sus protestas. Se disuelven los notables. Pero acuerdan ejercer presión sobre el obispo, sobre el nuncio, sobre el mismo Papa. Don Alvaro de Mendoza contiene á las fuerzas vivas; el nuncio nada entre dos aguas; á Roma no llega la pretensión de los piadosos justicias. Y la esquilita de tres libras sigue tañendo en la mañana fresca. Y silban los pitos, repican los atambores y tañen alegremente los panderos cuando el dulce Jesús—¡tan amado, tan lindo, tan pobre!—toma posesión, á la hora de los oficios, del tabernáculo del altar de San José.

EL CARRITO

El carrito en que viaja la madre Teresa es un pequeño monasterio. Una imagen del Niño Jesús preside el interior. Una pila de agua bendita está colgada detrás del cortinón de entrada; una es-

quilita señala las horas de oración y las horas de silencio; un reloj de arena sirve para fijar, para regular las horas de los ejercicios. El carrito es la capilla ambulante y el altar ambulante de las monjitas andariegas. Ellas no hablan con los viandantes, soldados, escolares, arrieros y mendigos. Para comunicarse con los de fuera está la portera de turno...

¡Carrito de mulas cansinas y escuálidas, carrito teresiano, que sabes hollar las calzadas y las carreteras de mi Castilla polvorienta y pajiza: los caminos de mi niñez! Este carrito es popular en toda España. Se ha librado de la embestida de unos toros que van á lidiarse el día de la Asunción en Medina del Campo; ha estado á punto de caer en un regato, cerca de Burgos; ha hollado la paramera reseca de los palentinos; ha sentido la frescura del Tormes, del Adaja, del Duero, del Esgueva, del Tajo, del Guadiana, del Arlanzón y del Guadalquivir; ha atravesado el Guadarrama, la llanura manchega, las calles, los montes, los oteros y los puertos de serranía; se ha detenido ante las ventas y mesones en busca de un coscurro de pan; conoce Toledo, Sevilla, Granada, Madrid, Pastrana, Malagón, Veas, Villanueva de la Jara, Salamanca, Segovia, Palencia, Medina, Alba de Tormes. Se ha detenido, pidiendo limosna, en Madrigal de las Torres y en Peñaranda de Bracamonte. Ha sido escoltado por hampones y mozas de partido; por Juan de la Cruz y por Fr. Antonio, el portero del Duruelo; por los lacayos de Monterrey, y de la casa de Alba, y de la Princesa de Evoli, y de los Duques de la Cerda; ha sido silbado y apedreado por toda la chiquillería. ¡Carro, carrito teresiano, morada ambulante del buen Jesús, carrito de la dama andante, de la gracia y de la humildad!...

Asoma este carrito un día en la Mancha, dando vista á Almodóvar del Campo.

Las monjitas no llevan de comer.

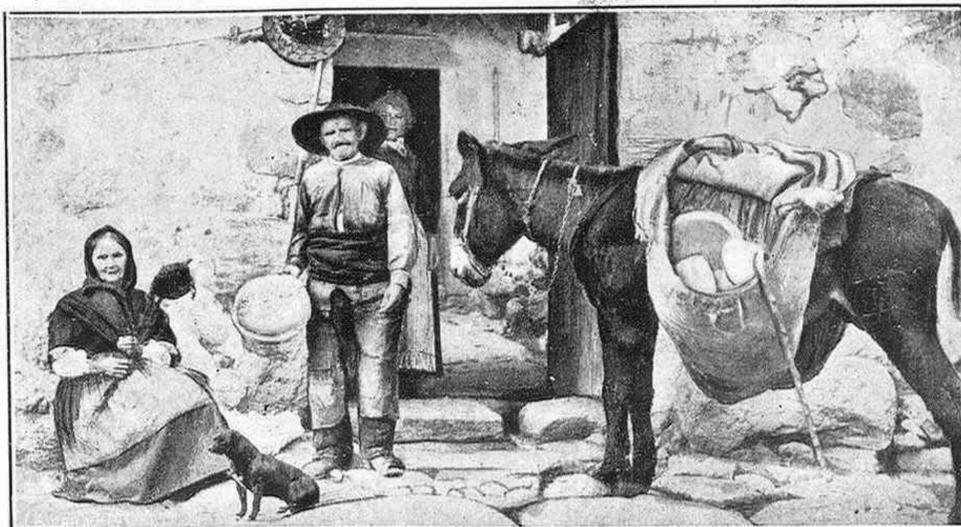
La madre, á la cabeza de sus hermanas, pide una limosna á un hacendado para no perecer de hambre:

—¡Por la gracia de Dios, hermano!—musita alegremente la hija pequeña de D. Alonso Sánchez de Cepeda.

—¡Pide por la gracia de tu cara, hermosa!—replica el aludido.

—¡No, no! Pido por la gracia de tu corazón, que me darás el doble!

Y el hacendado, prendado del ingenio de la mujer singular, deja en su diestra su bolsón repleto de monedas de oro.



Escenas de Aldea. Tipos del país

José SÁNCHEZ ROJAS

LIENZOS CASTELLANOS

SEGAADORES



SOBRE las aguas del Tormes, oscuras en esta hora del crepúsculo, más oscuras aún en este rincón frondoso, caen, tristes y desmayadas, las ramas de unos sauces. Espéjanlas la corriente, y tiemblan, melancólicas, en el turbio y rumoroso cristal...

He aquí un retiro apacible para un poeta elegíaco. Pasan y pasan las ondas indiferentes y lentas, blanda y sosegadamente, siempre distintas y siempre iguales; pasan como las horas, como los eslabones de la cadena interminable del Misterio y del Destino; pasan enigmáticas, ocultando los secretos de tragedia y de idilio que sorprendieron á lo largo de las riberas, espejando el oro de las estrellas y el plomo de las nubes tormentosas, besando las firmes raíces de los álamos y las ramas de los sauces...

«Nuestras vidas son los ríos...»

Más allá de este frondoso recodo extiéndese la llanura, levemente ondulada, inmensa y seria, con toda la grave majestad de un penetrante misticismo. Robaños de cabras y ovejas triscan nerviosamente por los tesos, camino de los rediles. Un rumor de esquilas se extiende por el llano. Los pájaros, destle las ramas de los árboles, cantan sus lirismos al sol, que va muriendo. En el cielo, débil y misteriosamente, enciéndese el lucero de la tarde. Las sombras caen medrosas y pausadas, y acuéstanse á lo largo de los surcos... Hay en el ambiente un aroma campesino y patriarcal; es el grano de las eras, es el centeno negruzco y el áureo y menudo trigo, dispuestos en montones olorosos y abundantes, cerca de las parvas extendidas...

Los bueyes, desuncidos, rumian la paja sabrosa y crujiente. En la augusta serenidad de la noche, parecen animales bíblicos y sagrados. Todo en ellos es reposo y fortaleza. Grandes, reacios, mansos, con las poderosas cabezas humilladas, las pieles oscuras y los cuernos brillantes, rumian sosegadamente, con una delicia y una solemnidad litúrgicas... La parva, luminosa á la luz de las estrellas y al resplandor blanco y sereno de la luna, parece de un oro milagroso, y cerca de ella, el gañán que la guarda —un gañán rudo, mocetón y fornido— trae al

ánimo el recuerdo de alguna escultura en bronce bizarra y valiente...

Por los caminos chirrían los ejes de los carros, bien cargados de gavillas olorosas, y los perros, atados á las traseras, ladran furiosamente, contestando á los ladridos de otros mastines que guardan otras eras lejanas... La única cualidad inferior que yo descubro en los perros es, precisamente, la que más les acerca á los hombres: la decisión y la fiera con que respetan y defienden la propiedad. No han leído á Proudhon...

Un continuo quejido, seco, crujiente, como un breve y extraño lamento de dolor y de agonia, me avisa la proximidad de los segadores. Avanzo un poco por la carretera, y á un lado del camino vislumbro á unos hombres encorvados, jadeantes, que mueven, con la automática regularidad de una máquina de reloj, unas hoces fuertes y rebrilladoras.

Durante la mañana, pródiga de sol, hirviendo y bochornosa, estuvieron segando también, hora tras hora, con la respiración difícil, los ojos turbios, los congestionados rostros goteantes de sudor, los pechos oprimidos, las cinturas quebradas y rendidos los músculos. Bajo el fieltro mugriento de sus sombreros, experimentaron la sensación angustiosa y quemante de un incendio interior; y cuando el sol de mediodía puso como una hoguera la llanura, y las espigas como llamas, y como brasas los mangos de las hoces, estos hombres, encorvados y doloridos, se enderezaron un poco, respiraron á pleno pulmón el horrible fuego del ambiente, notaron en los ojos algo como sangre encendida y sentáronse después, bajo el rojo y radiante sol, para comer una comida miserable... Luego, tumbados sobre los rastros, en un abandono definitivo del cuerpo y del alma, amparándose los rostros con los amplios sombreros raídos, han dormido unas horas, pecho arriba y cara al cielo, jadeantes, extenuados, sin conciencia del vivir.

El sol ha ido perdiendo fuerza. Sus rayos, que eran durante el mediodía como espadas de fuego, tibios y pálidos al caer de la tarde, han herido oblicuamente la tierra, enrojeciendo los altos ventanales de la ciudad y dorando sus cim-

borrios y sus cúpulas: han despertado los segadores, han mirado á lo alto como agradecidos á su ventura y han respirado con placer, con ansia, una gran bocanada de aire fresco y húmedo, que ha entrado en sus pulmones avarientos como una dulce y regalada caricia... El destajo les ha impulsado á segar de nuevo, y otra vez, empuñando las hoces, han tornado á encorvar sus cuerpos y á segar las altas espigas, hora tras hora, con la automática regularidad de una máquina de reloj...

Va llegando la noche; van acallando los ruidos campesinos; descansan las yeguas y los bueyes de la trilla; échanse los perros en la blandura de la parva; duérmense los pájaros en el tibio regalo de sus nidos; todo reposa y enmudece; pero el quejido seco y crujiente, este quejido de las espigas, que es como un lamentarse continuado y doloroso; este ruido inconfundible que parece el ritmo del triste y dramático poema de los segadores, continúa bajo el misterio de la luna serena y blanca...

A veces, irguiéndose momentáneamente, miran los segadores hacia las torres que se recortan, negrísimas y formidables, en lo obscuro del horizonte. Así, encarados contra las torres lejanas, parece que ventean los placeres de la ciudad, los placeres siempre desconocidos y deseados siempre. Parece que ventean, tales que perros amarrados, como aquellos pastores de la bellísima poesía de Galán...

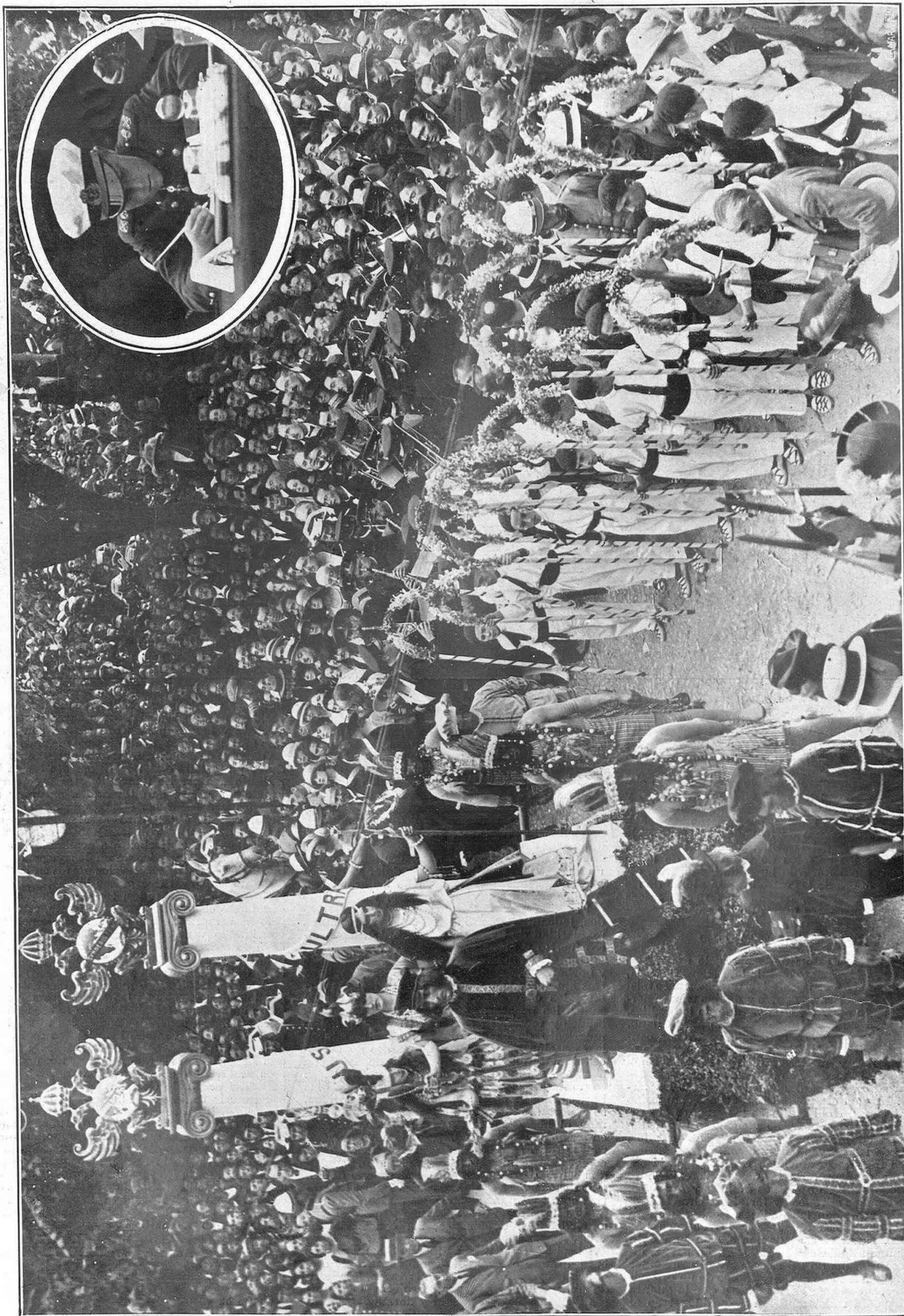
Pero esta codicia ante la riqueza de los amos y este apetito ante la presentida ventura de los felices, dura poco en el ánimo de los segadores. El «destajo» se alza ante ellos como una sombra imperiosa é inexorable, y otra vez triunfa en el hondo silencio de la noche, sólo quebrado por algún ladrido de los mastines tumbados y vigilantes, ese quejido de fatiga y de dolor que arrancan las hoces á las espigas y que suena continuo y angustioso, como el ritmo resignado y triste del tremendo poema de la siega...

ALBERTO VALERO MARTIN

Tierras de Salamanca, Agosto 1922.

DIBUJO DE VERDUGO LANDI

LAS FIESTAS DEL CENTENARIO DE ELCANO EN GUETARIA



La cabalgata histórica, organizada en Guetaria en honor del célebre navegante vasco, al llegar frente a la tribuna ocupada por SS. MM. — En el óvalo, S. A. R. el Príncipe de Asturias firmando el acta de la colocación de la primera piedra del monumento á Elcano

FOTS. CAMPUSA

LA MODA FEMENINA

DEL EPISTOLARIO DE UNA MUJER SENTIMENTAL



Figúreselo por lo que voy á decirle: Como fondo, un mar esmeralda y violeta, sobre el que se destacan las blancas velas de unos barcos de pesca. En primer término, un trozo de playa dorada, y en el centro, una mujer, alta y muy delgada, de carnes blancas y transparentes, vestida con un traje de seda, última moda, de color nácar, forma enteriza y mucho vuelo, recogido al talle por un cordón hecho con cuentas de cristal. Como el traje es muy amplio, baja del hombro al brazo en pliegues que substituyen á las mangas. Unos zapatos de ante gris perla y medias de igual tono completan el indumento. Una enorme pamelita de paja azul eléctrico y gran lazada de igual color cuelga del brazo izquierdo de la retratada, cuya cabeza, de encrespados cabellos de un oro muy pálido, se yergue, prolongando la línea de la barbilla. Los ojos, de tono violeta, se entornan bajo el peso de las pestañas negras y desmesuradamente largas, como las de los maniqués de los peluqueros ó las mujeres pintadas por Kees Van Donghen.

¿Le agrada la descripción? Pues no llega á la realidad; yo se lo aseguro. ¡Cuánto me gustaría que lo viese usted, y en ello pienso muchas veces mientras el artista trabaja! Más lógico fuera que mis meditaciones giraran en torno á él; pero... culpa suya es, después de todo.

Estas playas van quedándose más tranquilas. Creo que de aquí á dos semanas podremos *veranear* los que aún quedemos. Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que asistir á las salas de juego y de conciertos y practicar el *shimmy* á más y mejor; porque sigue imperando la moda de la música y el baile á la *negresse*.

Francia, Septiembre de 1922.

ACEPTO, acepto su explicación, que no en balde apela usted á mis sentimientos, respecto de Lily; y pues ella, á quien tanto cariño profesó fué la inconsciente reveladora de una frase de mi pasado, olvidemos lo ocurrido y sigamos adelante.

Ahora que todo pasó, confesaré que por mi parte tenía positivo miedo á que nuestra amistad, apenas nacida, terminase como el «Rosario de la Aurora». Porque no sería leal en mí el dejar de reconocer que sus cartas, y tanto el recibir como el contestarlas, me proporcionan un placer especial; un placer comparable en determinados momentos al que siendo muy pequeña hallaba yo acercándome al confesionario. Entonces, la figura oculta del sacerdote, el tono opaco de su voz, la penumbra del templo y, sobre todo, el agri dulce sabor del arrepentimiento, ejercían sobre mi ánimo misteriosa fascinación.

Lo propio, por otras razones, me sucede con estas semanales confidencias que envío á usted.

Pero, hablando de otra cosa, no me convence el tipo que me describe usted como uno de sus ideales femeninos:

«Una mujer pequeña, de modales muy dulces, de voz muy suave, de miradas tímidas, asustadiza y frágil, y un poco caprichosa.»

Eso no puede, felizmente, calificarse de tipo femenino. A lo sumo será un ejemplar aislado de una espiritualidad que no llegó á florecer. ¡Ah, no, no!... Usted ha dicho esto para evitarse la necesidad de concretar. No lo ha conseguido. Yo soy tenaz y seguiré insistiendo sobre este punto. Quiero absolutamente conocer su opinión en este, como en otros muchos asuntos.

Bueno. Hace tres días que mi vanidad sufre el más rudo golpe á que jamás se vió sometida.

Figúrese que he conocido un pintor de promesa, un joven y encantador artista, el que, luego de serme presentado, solicitó permiso para hacerme un retrato al óleo.

¿Usted se ha visto alguna vez en parecido trance? Si ha servido usted de modelo sabrá, como ahora yo, lo que es pasar de la categoría de ser razonable y viviente á la de mueble ó adoquín.

¡Qué abstracción tan completa de la personalidad la que de mí hace este artista! Y menos mal que el retrato promete ser un éxito.



EL HONOR

AQUELLA noche Lina no durmió. Se acercaba el verano y, en la atmósfera cargada de la pequeña casa, que tantos cuerpos cobijaba, sentía Lina la angustia de la falta de aire y como si una mano invisible y fatal apretase su garganta morena queriendo estrangularla. Uno de los rapaces se despertó llorando, y oyó la voz de la madre que le acallaba... En la calle, empinada y estrecha, resonaron fuertes voces y recias pisadas: eran pescadores que tornaban de la mar. Ya debía llegar pronto el alba, y unos gallos lejanos y aldeanos hacían sonar su madrugero clarín...

¡Lina, á solas con su tragedia, temblaba de miedo y de vergüenza! ¡Estaba deshonrada!...

Varios días de temores terribles habían, al cabo, llevado el convencimiento á su ánimo, y ya tenía la seguridad de que pronto sería pública su desgracia y de que su nombre, en plazo breve, iba á servir de burla á todas las víboras de la ribera. ¡Qué espantosa noche!... ¡Ella lo confesaría todo á sus padres y les pediría perdón de rodillas!... ¡Acaso á otras muchachas no les había sucedido lo mismo?... Sus hermanos la querían mucho, y en el pueblo los pecados de amor eran fácilmente olvidados. Amigas suyas, unas niñas todavía, llevaban sin rubor en los brazos el prohibido fruto de sus vehemencias. Nadie osaba meterse con ellas. Luego casaban, y eran felices... Pero... ¡já ella no le sucedería lo mismo! Su familia era envidiada en el pueblo. Aquel hogar siempre fué espejo de laboriosidad, de orden, de rígida moral. Cuando el mar se mostraba pródigo, se ahorraba para los inviernos malos ó para las épocas en que los temporales no consentían las faenas de la pesca. Todo el mundo tenía allí su cama; el fuego de la cocina se encendía diariamente, á las mismas horas. Los rapaces pequeños iban limpios á la escuela, y cuando, en días de fiesta, el padre salía rodeado de sus hijos mozos, la gente se paraba á mirarlos, y el viejo patrón pasaba orgulloso, como un rey entre vasallos. ¡Era la obra de toda su vida!... Este ejemplo era único, y por eso no perdonarían á Lina su caída, como á otras. Las mujeres viciosas y sucias, que festejaban de un modo absurdo las buenas caladas, arruinando sus casas;

las que no cuidaban de sus hijos rotos y miserables, que todo el día andaban mendigando el pan por las puertas de los ricos, esas se vengarían ahora implacablemente...

Y Lina pensaba, después, en la mancha que por su culpa caía sobre el nombre immaculado de los suyos. Veía el gesto de dolor y de cólera del padre; oía las injurias de los hermanos... Sólo la madre, en su imaginación, la acogía en su seno y la acariciaba y la defendía de todos, mientras sollozaba... ¡Valía la pena de afrontar parecida existencia?

También pensó Lina en el pasado. También recordó, sin rencor, al hombre que la había hecho tanto daño. Era guarda de la fábrica de conservas donde ella trabajaba. Hacía tiempo que estaban en amores y ya hablaban de la boda. Una mañana, después de dejar el trabajo al mediodía, Lina volvió á recoger algo olvidado. Se encontraron. Acostumbrada al bullicio de la nave, estaba como amedrentada en el silencio. Fuera lucía un hermoso sol abrilero, y por una puerta abierta llegaba hasta ellos el rumor del mar y el canto de unos pájaros... ¡Ella no se dió cuenta de nada! ¡Apenas si oyó unas palabras que quemaban como besos y sintió sobre la piel tostada por las brisas marinas el roce de unos labios ardorosos!... Unos días después, él desapareció del pueblo. Luego se supo toda la verdad. No era soltero; tenía una mujer y unos hijos en tierras de Zamora, y había huído á América. Lina lloró amargamente. ¡Era su primer amor y su primera ilusión grande de la vida!

Y en la noche, larga y asfixiante, el pasado desfilaba por la imaginación fiebreada de la muchacha. ¡Cuántas veces vió un resquicio de luz, una salvación posible, y cuántas la esperanza se desvanecía y la idea fatal iba tomando proporciones y afirmándose en su espíritu destrozado! ¡Sí! ¡Era preciso! ¡Debía desaparecer para hacer posible la vida de los demás! ¡Debía morir y sabría morir! ¡Y al formular definitivamente su sentencia, pareció tranquilizarse!...

La luz del día se filtraba ya por las contras de las ventanas, y Lina, abandonando su lecho de sufrimiento, salió furtivamente á la calle. Sin volver la vista atrás, bajó la cuesta, dobló una esquina y llegó en seguida á la parte baja del pueblo, que empezaba á despertar. Algunos carros cargados de *tozo* desfilaban, pesadamente, por la carretera, acompañados del chirrido penetrante y monótono de sus ejes. Los hombres que llegaban del mar subían hacia sus casas para acostarse. En el campo de las redes, unos cuantos extendían el aparejo de un vapor... Lina marchaba rápidamente; atravesó la playa y comenzó á caminar sobre las rocas. El sol salía en aquel momento por encima de los montes lejanos que cierran la bahía, anunciando un día magnífico. De la ribera llegaba el griterío confuso de las mujeres que contrataban la pesca.

Lina siguió marchando, cada vez más de prisa. Ya quedaba oculto el pueblo, cuando se detuvo en lo alto de una peña cortada á pico sobre el agua encalmada. Miró en torno suyo, pálida como una muerta, se santiguó y se dejó caer. Al ruido que hizo, volaron asustadas unas gaviotas, lanzando graznidos... El cuerpo apareció sobre la superficie; la cabeza surgió un momento, con un gran gesto de terror, y volvió á hundirse. Todavía apareció una vez más y desapareció para siempre...

Unos pescadores que volvían al puerto debieron darse cuenta de todo y bogaron rápidamente hacia el sitio. Estaban muy lejos, y cuando llegaron nada pudieron descubrir á través del bosque de las algas.

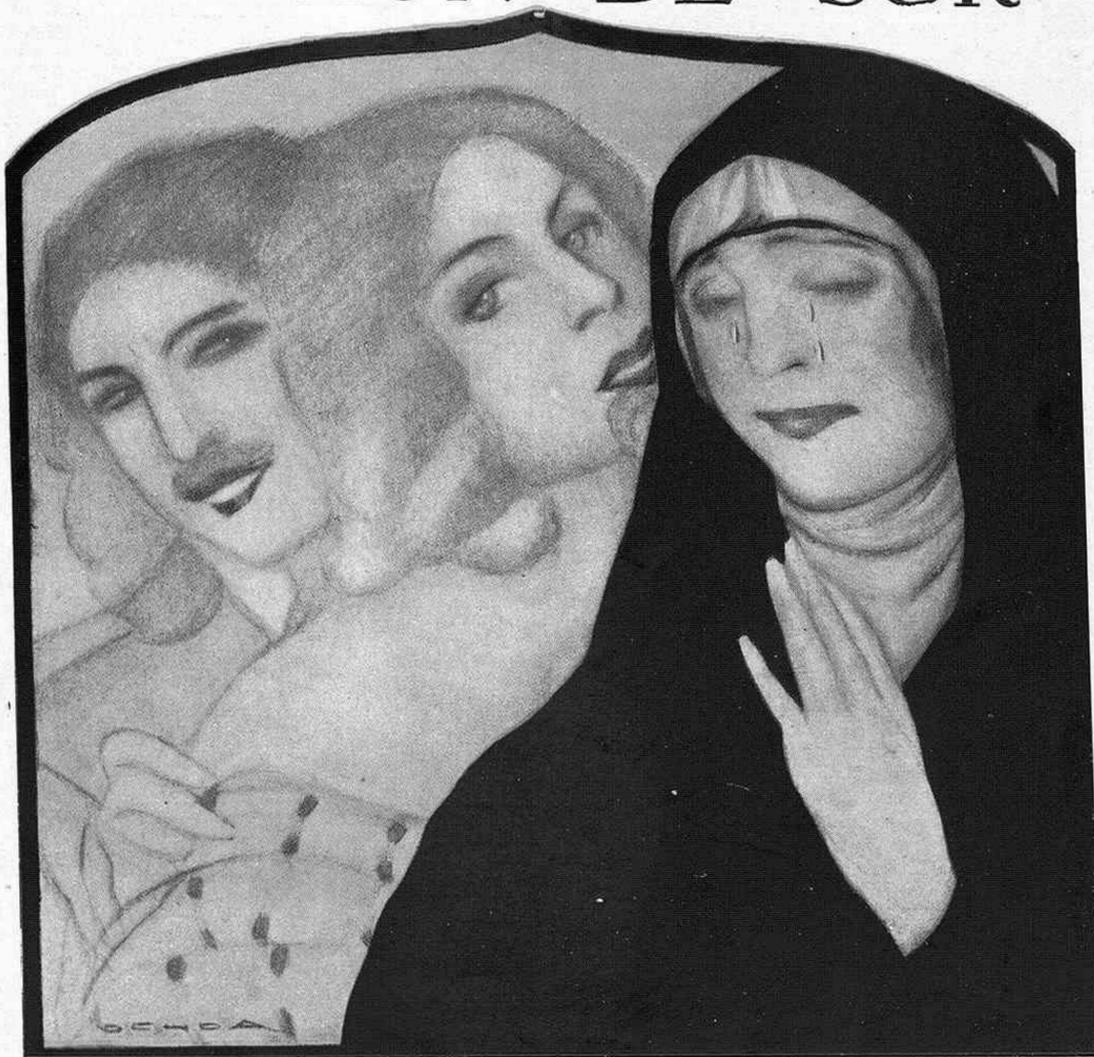
Conde de SANTIBAÑEZ del RIO

DIBUJO DE ECHEA



CÁMARA-FID

LA TENTACIÓN DE SOR ELISA



EN el claustro silencioso y frío, de luz tibia y comúnmente solitario, sonó, rompiendo la serenidad del pío lugar, una campana de chillón y alegre timbre. Voceaba la irreverente que la hora de la colación había llegado, y ligera llamaba á la Comunidad al refectorio.

Frente á las ventanas, que guarnecidas de espesas celosías por el claustro se esparcen, muestran las celdas sus minúsculas puertecillas, que blandamente se abren, apareciendo unas figuras de blancos hábitos. Son las monjas, que marchan, cruzadas las manos sobre el pecho é inclinada la cabeza, al refectorio. Es éste una estancia de simpático aspecto, toda blanca, con grandes ventanas, que miran á un frondoso jardín. Dos mesas lo cruzan en toda su longitud; sobre la blancura reluciente del hule que las cubre, están arreglados los humildes cubiertos de metal, los vasos y platos de basta porcelana. Las monjas dicen un breve rezo, y á una señal de la superiora se acomodan en sencillos bancos. A poco irrumpen tres hermanas operarias, conduciendo toscas soperas, que despiden nubecillas de albo humo. El chocar del metal con la porcelana, las pisadas de las sirvientas y la voz monótona de la sor, que lee á la Comunidad unas reflexiones de Santa Teresa, son los únicos ruidos del comedor. Una verdura y otra vianda ponen fin al conventual ágape. Un nuevo rezo, y, al finalizar éste, la confesión ante la Comunidad de las faltas que sus humildes miembros hayan cometido.

Una monjita de bello continente cae de hinojos ante la superiora, y, llena de compunción, baja la vista, plegadas las manos en actitud de penitencia, y con tímida palabra dice:

—Madre: servidora ha sido asaltada por pensamientos mundanos. En mis meditaciones he carecido de recogimiento. Por falta de paciencia vertí esta mañana el agua fuera de la jofaina.

La superiora, señora de fisonomía inteligente y madura edad, mira severamente á la pecadora que de tan serio é infantil escrupulo se delata, y la dice:

—Sor Elisa pasará la tarde entera en la capilla haciendo penitencia; el castigo cesará cuando la Comunidad vaya á coro. ¡Implore, hermana, de nuestro Divino Señor fortaleza para resistir la tentación! Su Divina gracia para rechazarla

y Su sobrenatural apoyo para perseverar en el difícil camino de la virtud.

Es la capilla donde sor Elisa entra bonita y sonriente, cuidada con singular y coquetón esmero por las monjitas. Sobre un altar ricamente dorado, y vestido de finos linos y primorosos encajes, se entroniza llena de amargura y santidad la imagen de la Dolorosa, teniendo á sus plantas un bosque de flores bellas, fragantes y olorosas. Pintan los cristales de sus ventanas religiosos cromos, que hacen entrar en el recinto una luz tímida, un placentero resplandor.

Allí, de rodillas, hundiendo su frente de azucena en sus delicadas manos de azucena también, cubierta por el nevado manto, está sor Elisa, artística, sugestiva, mística, semejando la estampa de la oración. Palpitan sus labios al roce de la santa plegaria, pero su corazón tiembla al impulso de terrenales pensamientos. Anhe-la su imaginación el suave reposo, la gracia y serenidad de que el rezo es manantial; mas su pensamiento se complace en recordar mundanos afectos. Busca su fantasía el freno de la verdad suprema, el desprecio de las pompas y vanidades, y el pensamiento rebelde le traza cuadros fascinantes de goce y placer. El rezo languidece en sus labios, conforme la hasta entonces vaga alucinación se concreta. De su alma se ahuyenta la religiosa espiritualidad, á la par que su enemiga la terrena pasión la invade. Y es su mente gigantesco escenario, en el que fielmente comienza á representarse entera su vida pasada, su existencia antes de ser religiosa. Magnetizada por la evocación, pierde la noción del lugar. Por su cerebro febril cruzan redivivas las añoranzas sociales en un desfile inquietante, sugestivo, dominante.

¡La época rosa de su vida! Allá, á los diez y seis años, cuando percibía ruborosa la impresión que su belleza causaba. Supuesta de largo. ¡Qué feliz al recibir los numerosos regalos de las amigas y los halagadores galanteos de los jóvenes, viéndose reina de la magnífica fiesta dada en su honor!

Luego, el momento dorado é inolvidable en que el amor se presenta alegre, sonriente y feliz prometiéndola celestiales dichas; apareciendo en la forma de un joven apuesto, de rasurado semblante, facciones hermosas y artísticas aptitudes.

¡Qué reuniones aquellas, en que el galán la enamoró cantando bellas canciones, unas veces tristes, otras alegres, siempre apasionadas y tiernas!... Y aquel vals en que él con los ojos la pedía su amor, con la misma angustia que si en su pérdida le fuera la de la vida. Y ella, ¡qué coqueta, qué tirana, cómo le probaba, qué de meses para convencerse de la verdad de aquel cariño tan hondo, tan infinito, tan enajenador que él la ofrecía! Ella también sufría, pero con alegría, porque aquel sufrimiento de ambos, el de ella resistiendo y el de él esperando, era la lumbré purificadora del amor que los confundía. ¡Qué felices cuando fueron novios! ¡Dulcísimos días! Mas en tan rientes cielos, un día aparece de súbito espantable tormenta. En una carta, él, con la seca frialdad de una sentencia de muerte, escribe: «Elisa: olvidame.» Infame epitafio á un amor que parecía incorruptible. Bárbaro aislamiento el que sobrevino en el alma de la desdichada amante. Fueron erial sus ilusiones. Sus pensamientos, sombras y amarguras. Sus ideas, odios y tristezas.

Un buen confesor le mostró el bálsamo de los bálsamos, la medicina del olvido y el desprecio, y fué el convento. Sufrió el anonadador noviciado, alcanzó la santa profesión, y luego... Es tal el arrobamiento de sor Elisa, que no percibe la entrada de la Comunidad, ni oye sus cánticos, ni siente cuando, concluido el coro, comienzan á salir. Una le avisa. Entontecida, como si en aquel instante escapase de un letargo, automáticamente anda.

En un banco del melancólico jardín conventual se reclina, devorada por la infernal tentación. Las monjas unas leen, otras pasean, aquellas con infantil goce, con inocente divertimento alcanzan ramitas de los árboles. Comienza el crepúsculo. Una bandada de pájaros despierta la atención de la abstraída. Vuelan alegres y contentos. Cantan de amor y fecundidad. Marchan libres y bohemios. Sor Elisa los contempla hasta que se pierden en las lejanías azules, ya obscurecidas. Los despiden dos lágrimas, que, descendiendo por sus pálidas mejillas, parecen dos perlas rodando entre lirios.

MARIO HERMIDA

DIBUJO DE OCHOA

LA RIQUEZA ARTÍSTICA DE ESPAÑA

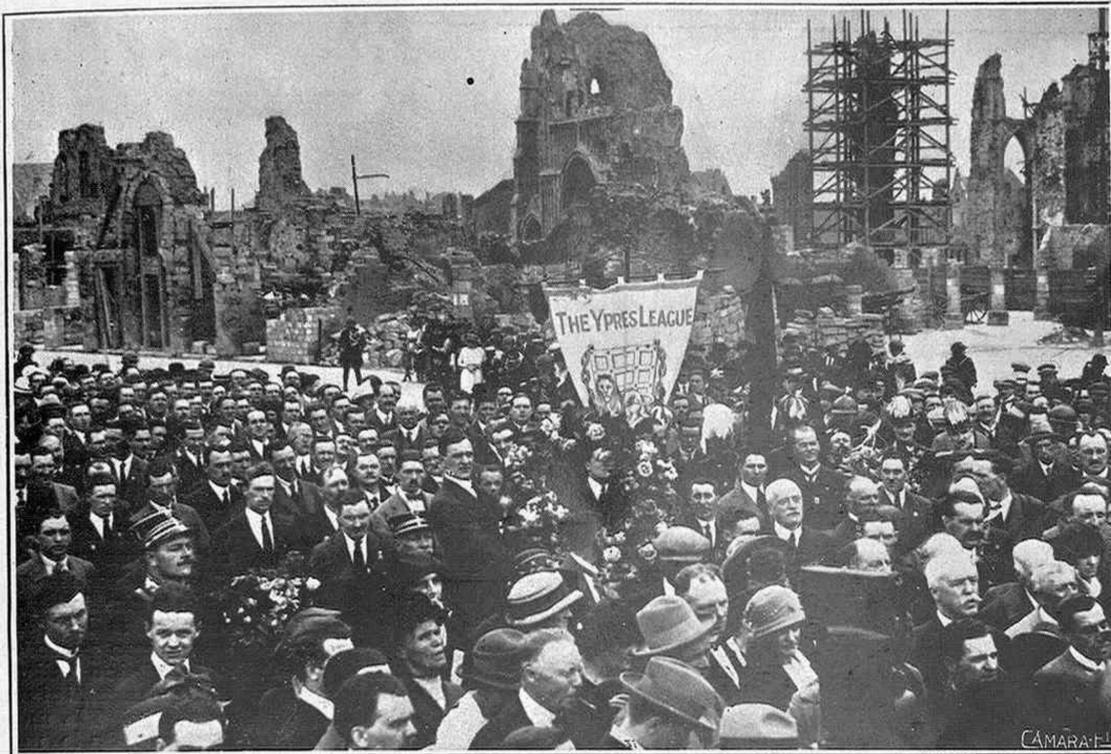


Interesantísima portada del palacio del marqués de Santaella, en la población de Écija (Sevilla)

FOT. HIELSCHER

CÁMARA 124

DE NORTE A SUR



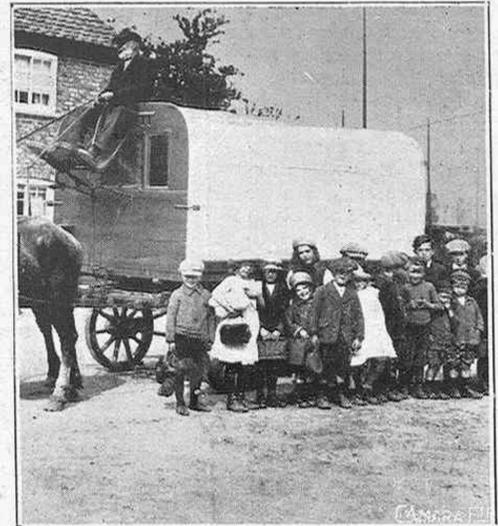
Llegada á la ciudad de Ypres de 650 soldados que la defendieron durante la gran guerra, y que han visitado nuevamente á la heroica ciudad con los miembros de la Liga de Reconstrucción de Ypres



Guillermo Díaz Caneja, el notable novelista á quien la Academia Española premi6, no hace aún mucho tiempo, su obra *El sobre en blanco*, acaba de publicar una nueva creación novelesca que ha de obtener, seguramente, el mismo éxito entusiasta que consiguieron los libros anteriores del reputado escritor. *La virgen pálida* se titula el nuevo volumen de Caneja, y en él este laureado literato hace gala, una vez más, de la gran amenidad, de la limpieza de estilo, del interés y de la emoción que son notas características de sus bellas páginas. El nuevo libro obtendrá seguramente, por parte del público y de la crítica, el éxito fervoroso á que le hacen acreedor sus indudables méritos.



El anuncio va convirtiéndose—día á día, paso á paso—en un arte cada vez más digno de estudio, más merecedor de atención, más rico en recursos y en invenciones. Un aserto de ello lo hallamos en la reciente Feria que con enorme éxito se ha celebrado en la ciudad alemana de Leipzig, á donde han concurrido importantes representantes del comercio y de la industria germánicos. Entre las numerosas formas que en aquella Feria se han presentado para anunciar los productos presentados á ella, se ha destacado notablemente la curiosa nota que en esta página recogemos, y que es el reclamo hecho por una casa que vende lociones para el cabello. Esta originalísima manera de anunciar las lociones llamó poderosamente la atención, y constituyó una de las más pintorescas notas de la reciente Feria de Leipzig.



Niños ingleses esperando el momento de subir á los coches que les han de conducir á las escuelas, y que han sido establecidos, á causa de las excesivas distancias, por las autoridades que en Inglaterra velan para que todos reciban la conveniente educación



Otro curioso modo de anunciar en la reciente Feria de Leipzig los productos de una de las interesantes formas de la industria moderna: útiles y objetos relativos á la industria del «foot-ball»

1830

San Andrés.—Larra.—El Romanticismo

No será la iglesia de San Andrés la más popular de Madrid, aunque está enclavada en barrio castizo y jaranero, apegado á sus costumbres, por no decir ya que es siervo de sus tradiciones; pero lo que no deja lugar á dudas es que se la puede considerar como la iglesia de más abolengo literario é histórico.

En los anales de aquel período de las letras que culminó en Larra, la iglesia de San Andrés jugó papel de primera calidad; y aun hoy el madrileño devoto de su santo patrón San Isidro va á ella con más fervor que á otra alguna á contemplar de hinojos, lleno su corazón de emoción religiosa, el lugar en que estuvo enterrado el cuerpo del Santo Labrador. La iglesia de San Andrés, considerada en un determinado aspecto, es Madrid. Entre sus muros—entre aquellos primitivos que se hacen remontar al siglo XII y estos actuales, hijos legítimos de la arquitectura caprichosa que dominaba á España á mediados del siglo XVII, arquitectura de Juan de Villarreal y Sebastián Herrera—vive parte de su historia. En San Andrés rezaron los Reyes Católicos durante las épocas que los hospedaba la casa de Lasso de Castilla; en San Andrés impetraron, para sus culpas, la clemencia del Altísimo la reina Doña Juana, que luego fué loca, y el archiduque D. Felipe, al que más tarde se le llamó *el Hermoso*.

Aquel barrio donde está enclavado San Andrés, antaño barrio de morería, laberinto inextricable de callejuelas, confuso remolino de casas mezquinas y de albergues de adoves, fué barrio en el que se alzaron también muchas casonas de nobles de espada y de blasón, como aquella de Lasso de Castilla que está prendida de modo tan firme á la Historia de España, que á veces nos hace sospechar si en parte la historia de estos reinos es la historia de la familia, cuya casa dió tono, honor y gloria á la vecina plazuela de la Paja. Sí. Bajo sus techos nació el octavo condestable de Castilla y vivieron fray González de Clavijo, que fué á Persia con una ya famosa embajada del Monarca español, y el licenciado Vargas, privado de Fernando é Isabel... Barrio de abolengo histórico; pero barrio que no perdió, por la seriedad de las personas que lo habitaban y de los sucesos que en él acaecían, nada de su castizo empaque ni de su alegría jaranera. Por todas las épocas, aquella de que hablo, aquellas otras de Felipe IV y Carlos II; aquellas otras, ya más cerca de nosotros del rey que tuvo un reino y no quiso reinar para que reinase Godoy y Fernando VII; por todas las épocas corrió fluido el manantial de su gracia, de su gentileza y de su donaire.



El barrio, que fué de lo más castizo, se hizo, casi á partir de 1830, de lo más romántico. Sus callejuelas estrechas y pinas; sus plazuelas escondidas y silenciosas; todo su laberinto de vías angostas y sombrías; toda su confusión de casas mal alineadas y peor dispuestas; palacios cerrados de puertas carcomidas, conventos llenos de misterio que vivían en soledad; muros sobre los que lloraban melancólicamente los árboles... ¡Oh! La generación romántica necesitaba de todas estas cosas; no le bastaba romantizar las ideas, sino que también romantizaron sus personas, aplicando el romanticismo al tocador, y luego romantizaron las cosas entre las que vivían, y buscaron todo aquello: soledad, melancolía, silencio, muerte, polvo; luego, acaso nada; buscaron todo aquello que fué el romanticismo de las cosas—que también pueden dar un ambiente moral—, porque á maravilla servía al romanticismo de las ideas que no querían vincularse en la vida para dar al espíritu una luminosa claridad, sino que ansiaban cuanto tristemente se deshace, en el silencio se aquie- ta y en la soledad perece, para que los corazones

se oprimiesen y ante sus ojos hiciesen zambombas las sombras.

Este romanticismo extenso, de amor que jamás era correspondido y de desesperación que iba á estallar siempre de noche bajo los sauces de un cementerio, causó muchas víctimas. No fué sólo Larra; á Larra antecedieron y sucedieron otros cuyos nombres se han escapado de la memoria, porque no tuvieron la fuerza ideológica ni el arranque temperamental del gran ironista que con su obra llenó una parte de la historia literaria del pasado siglo.

Larra, como Espronceda, como Arolas, como todos los poetas que fueron poseedores del mágico talismán del romanticismo, exaltaban á la mujer, haciendo de la mujer una deidad. El desengaño había de ser cruel.

La mujer, que, como todo cuanto es hecho con vil barro humano, tiene enormes defectos, al sentir su vanidad satisfecha y su sentimiento halagado, mostraba aún más grandes defectos. Y cayó, como idolo que se viene á tierra, del pedestal en que la locura de unos cuantos la habían colocado. De ahí esas crisis, esas crueles crisis que se resolvían con el revólver ó el veneno, después de legar á la posteridad unos cuantos endecasílabos más ó menos perfectos, de mejor ó peor gusto...

La mujer, durante la época romántica, se tocó menos de romanticismo que el hombre; la mujer no dejó de vestirse con trajes de colores agradables y vivos ni de llevar mantelitas airosas y vaporosas ni de jugar picarelescamente con su

abanico ni con sus ojos ni con la divina luz de su sonrisa.

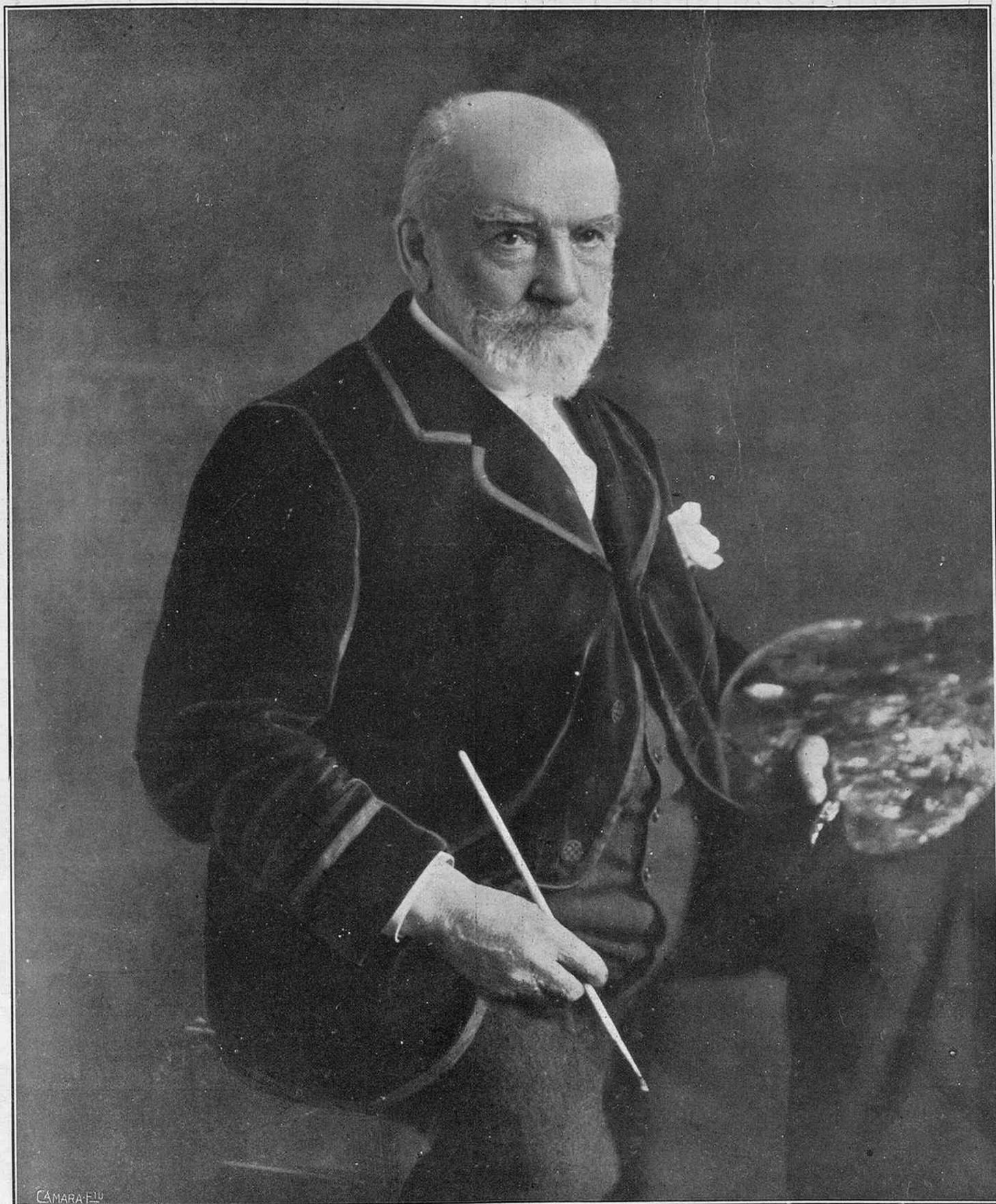
La mujer, que vive extraña á todo lo que no sea ella misma, nada supo del romanticismo, y lo que á ella llegó, llegó por reflejo, no de manera directa; no paseaba por los sitios solitarios, ni anhelaba lo melancólico, ni le recitaba versos á la luna, ni aquietaba su ánimo deambulando por un camposanto abandonado. La mujer era lo que siempre fué...: la mujer, la mujer que sentía y padecía como siempre había sentido y padecido, como siempre sentirá y padecerá.

Somos los hombres, que caminamos de torpeza en torpeza, que vamos de una á otra complicación, los que dejamos abandonados jirones de nuestro sentimiento, pedazos de nuestra vida, en un juego de ideas ó en una moda de escuela.

La mujer, mientras tanto, sonríe, sonríe...

LUCIANO DE TAXONERA

UNA GLORIA FRANCESA



LEON BONNAT

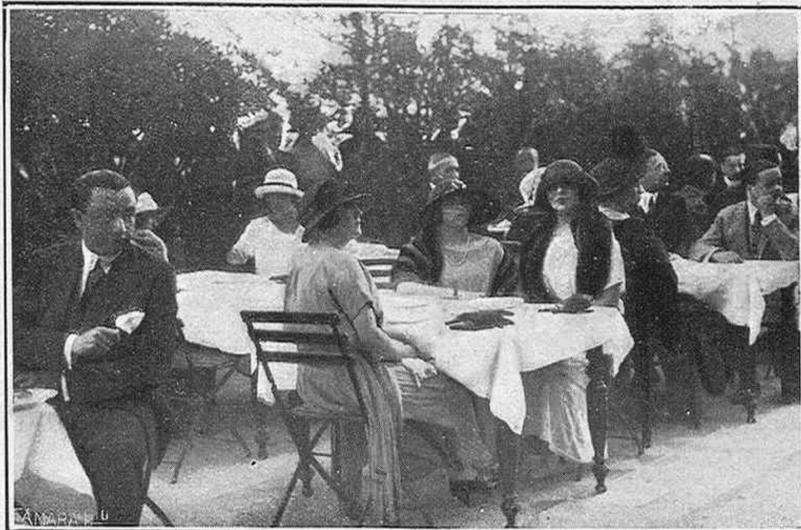
EN París, y á la avanzada edad de ochenta y nueve años, ha fallecido el eminente pintor León Bonnat, una de las más legítimas glorias del arte universal durante el siglo XIX. León Bonnat había nacido en Bayona en 1833. Fué discípulo en Madrid de don Federico de Madrazo y después, de retorno en su patria, de León Cogniet. En toda su obra, dilatada tanto como su vida, resplandece la huella de las escuelas clásicas española é italiana, influencia esta última adquirida también en la juventud durante su estancia en Roma. Desde 1859 exponía en todos los Salones de Artistas France-

ses, á cuya Sociedad pertenecía y de la que fué presidente mucho tiempo. Dirigió también la Escuela de Bellas Artes de París, y legó á su ciudad natal la espléndida colección de obras de arte propias y ajenas que poseía, dotando de este modo á Bayona de uno de los mejores Museos de Francia. Presidía, además, la Junta de Aproximación Hispanofrancesa y era de los más entusiastas en los giros positivos de dicha entidad para el acercamiento de las dos naciones hermanas. Así, el arte contemporáneo pierde una gran figura de acusado relieve y España pierde un gran amigo de probada simpatía.

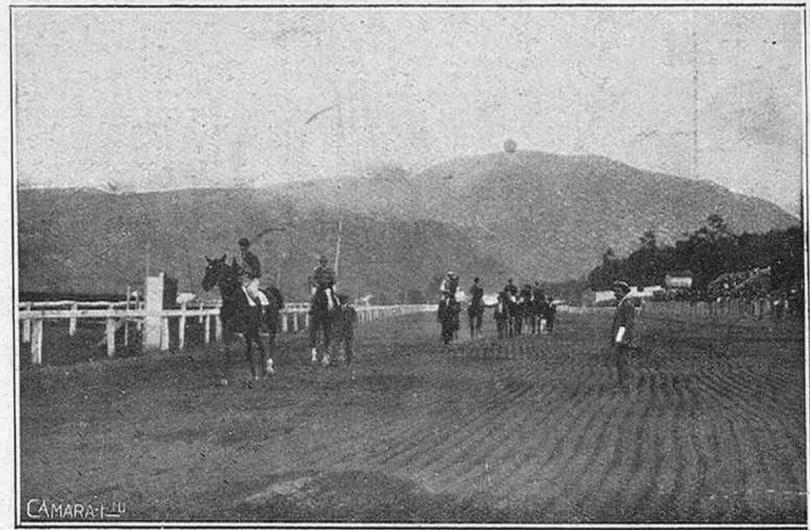
PÁGINAS DE ACTUALIDAD
DEL VERANEO EN SAN SEBASTIÁN



En el Gran Casino. — Inauguración en el «restaurant» del nuevo «dancing» de la terraza, cuya novedad ha sido acogida con gran entusiasmo



El público tomando el té y viendo el baile en el nuevo «dancing» del Casino de San Sebastián



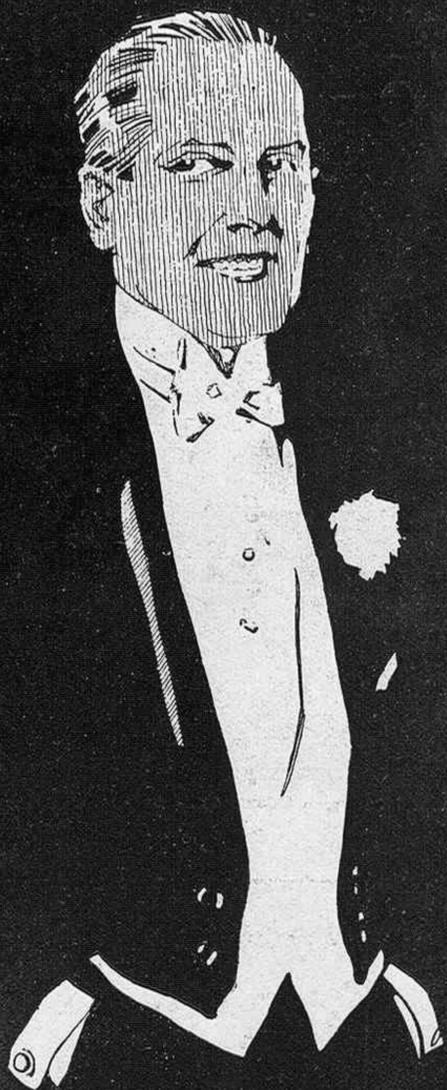
El paseo de los caballos en el Hipódromo de Lasarte antes de una de las importantes carreras celebradas recientemente



Aspecto del «pesaje» del Hipódromo de Lasarte



Las tribunas durante una de las carreras de caballos



¡SONRÍASE!

Pero después de haber
usado la

PASTA DENS

para poder lucir una
dentadura sana y fresca.

TUBO 1.50

en todos los bazares,
perfumerías, farmacias
y droguerías de España.



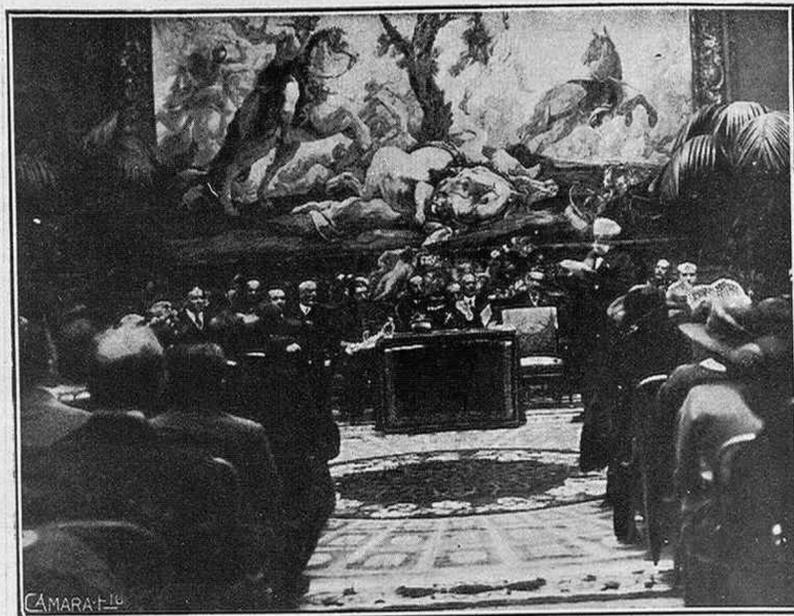
PERFUMERIA GAL - MADRID

LA ACTUALIDAD CIENTÍFICA

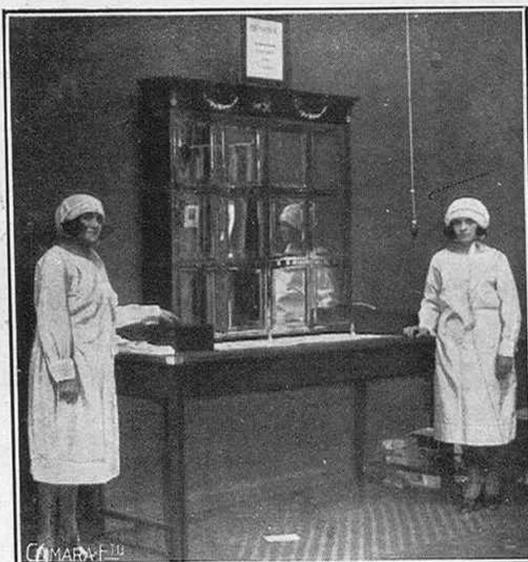
Congreso Internacional de Odontología



Tres tipos de gabinete, modelos presentados por la Compañía Dental Española



Solemne inauguración del Congreso Odontológico, bajo la presidencia de S. M. el Rey



Vitrina donde se hallaba expuesto el afamado anestésico «Benesol», del doctor Benedito, cuyas admirables propiedades han sido preconizadas por los odontólogos

HAN terminado las brillantes sesiones celebradas por el Congreso Internacional de Odontología, en los que quedó demostrada una vez más la alta competencia científica y técnica de los profesionales españoles y extranjeros que se dedican a esta importantísima especialidad de la Medicina.

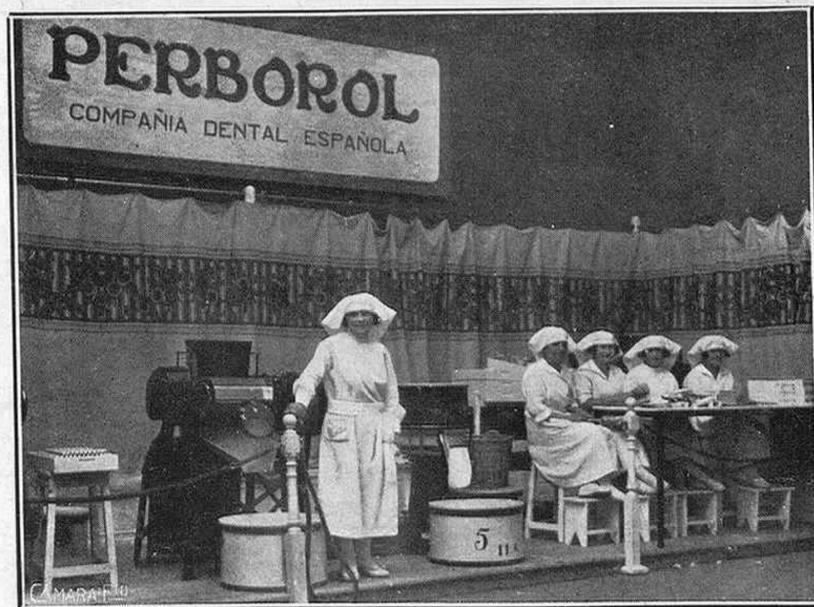
El alto espíritu organizador del ilustre doctor D. Florestán Aguilar se ha demostrado en este Certamen científico, lo mismo que se demostró hace tres años en el Congreso Nacional de Medicina.

Entonces y ahora, los delegados extranjeros que vinieron en representación de los respectivos países no han podido por menos de proclamar que la Medicina española en general, y la rama odontológica en particular, se hallan a una altura envidiable que nadie puede sobrepasar.

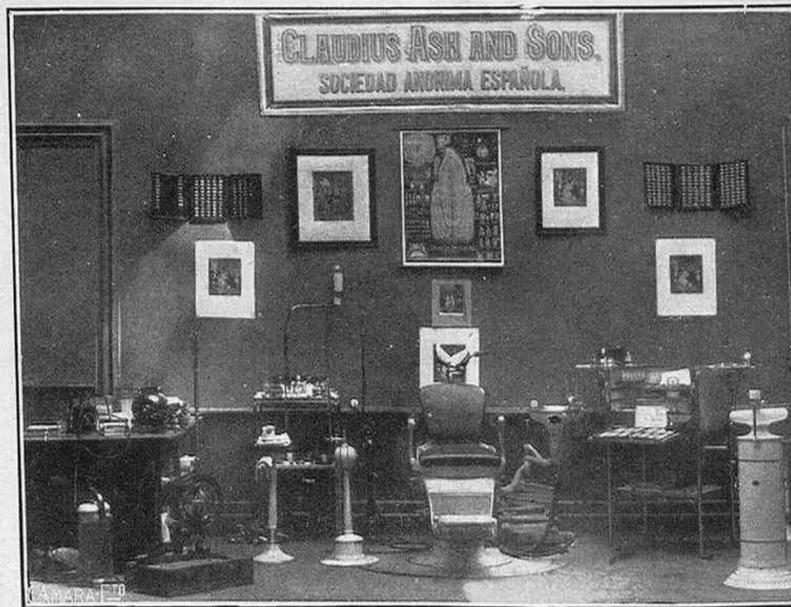
La sesión inaugural del Congreso Internacional de Odontología fué presidida por Su Majestad el Rey, y el acto revistió tanta brillantez é importancia científica y social, que de ello se hicieron eco todos los periódicos de Madrid y principales de provincias.



Instalación de «Listerine» ambert, antiséptico bucal norteamericano, y cuyo agente exclusivo para España es la Compañía Dental española



Vista parcial del Laboratorio instalado para fabricar, á la vista del público, los dentíficos «Perborol», demostrando palpablemente el grado de perfección científica alcanzado por esta producción



Notable instalación presentada por la Sociedad Anónima española «Claudius Ash and Sons», cuyo material científico ha sido unánimemente elogiado durante la celebración del Congreso Internacional de Odontología

La **Editorial "Mundo Latino"** acaba de publicar nuevas ediciones de las siguientes obras de

El Caballero Audaz

La Virgen desnuda
De pecado en pecado
Desamor
El pozo de las pasiones
En carne viva
La bien pagada
La sin ventura

El divino pecado
San Sebastián
Con el pie en el corazón
Hombre de amor
Un hombre extraño
Lo que sé por mí

(Más de trescientas entrevistas recogidas en diez volúmenes)

PEDIDOS DIRECTAMENTE:

Editorial "Mundo Latino". - Apartado 502. - Larra, 10. - Madrid

COMPañY FOTÓGRAFO Fuencarral, 29

Rogamos á nuestros corresponsales, suscriptores, anunciantes y á todas aquellas personas que se dirijan á nosotros para asuntos administrativos, extiendan la dirección en el sobre en la siguiente forma:

Prensa Gráfica
Apartado 571
MADRID

CONSERVAS TREVIJANO LOGROÑO

PRENSA GRÁFICA

SOCIEDAD ANÓNIMA, EDITORA DE

☐ "LA ESFERA" ☐ "MUNDO GRÁFICO" ☐
"NUEVO MUNDO" ☐ "LA NOVELA SEMANAL"

Oficinas: Hermosilla, 57, Madrid.—Teléfono S-9

PRECIOS DE SUBSCRIPCIÓN
(PAGO ANTICIPADO)

La Esfera

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	40 pesetas
» »	Seis meses.....	22 »
EXTRANJERO.....	Un año	75 »
»	Seis meses.....	40 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	55 »
» »	Seis meses.....	30 »

Mundo Gráfico

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	15 pesetas
» »	Seis meses.....	8 »
EXTRANJERO.....	Un año	32 »
»	Seis meses.....	18 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	18 »
» »	Seis meses.....	10 »

Nuevo Mundo

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	25 pesetas
» »	Seis meses.....	15 »
EXTRANJERO.....	Un año	50 »
»	Seis meses.....	30 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	28 »
» »	Seis meses.....	16 »

La Novela Semanal

MADRID Y PROVINCIAS.....	Un año	12 pesetas
» »	Seis meses.....	7 »
EXTRANJERO.....	Un año	18 »
»	Seis meses.....	10 »
PORTUGAL, AMÉRICA Y FILIPINAS	Un año	14 »
» »	Seis meses.....	8 »

Los señores suscriptores de provincias pueden hacer los pagos por medio de Giro Postal, Libranza de Giro mutuo, Sobre monedero ó sellos de Correos

SE VENDEN los clichés usados en esta Revista. Dirigirse á Hermosilla, número 57.

PRENSA GRÁFICA, S. A. Editora de La Esfera * Nuevo Mundo * Mundo Gráfico
TARIFA DE PUBLICIDAD. - 1.º de Junio de 1922

LA ESFERA

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
Cubierta		
Primera página interior, línea del cuerpo 7...	3	1.464
Última página, línea del cuerpo 7.....	3	1.464
Sección general		
Línea del cuerpo 7.....	2	976
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cuatro columnas de ancho y cada columna en 122 líneas de altura.		
Sección especial		
Línea del cuerpo 7.....	5	780
En esta sección se utiliza sólo media página para anuncios, ocupándose la otra media superior con textos literarios, científicos, etc. Se divide en tres columnas de ancho y cada columna en 52 líneas de altura.		
Informaciones artísticas é industriales entre el texto		
Una página.....	—	1.000
Media página.....	—	500

NUEVO MUNDO

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
Cubierta		
Primera página interior, línea del cuerpo 7...	3	1.545
Segunda página interior, línea del cuerpo 7...	2	1.030
Última página, línea del cuerpo 7.....	3	1.545
Sección general		
Línea del cuerpo 7.....	1.50	847.50
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.		
Varietades y reclamos		
Línea del cuerpo 8.....	10	—
Una columna.....	—	900
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.		
Telegráficos		
Las 15 primeras palabras	3.10	—
Cada palabra más.....	0.30	—
Informaciones gráficas industriales entre el texto		
Una página.....	—	1.000
Media página.....	—	500

MUNDO GRÁFICO

	Línea	Página
	Ptas.	Ptas.
Cubierta		
Primera página interior, línea del cuerpo 7...	3	1.545
Segunda página interior, línea del cuerpo 7...	2	1.030
Última página, línea del cuerpo 7.....	3	1.545
Sección general		
Línea del cuerpo 7.....	1.50	772.50
En cualquiera de estas secciones, la página se divide en cinco columnas de ancho y cada columna en 103 líneas de altura.		
Reclamos		
Línea del cuerpo 8.....	10	—
Una columna.....	—	900
En esta sección la página se divide en tres columnas y cada columna en 90 líneas de altura.		
Telegráficos		
Las 15 primeras palabras	3.10	—
Cada palabra más.....	0.30	—
Informaciones gráficas industriales entre el texto		
Una página.....	—	1.000
Media página.....	—	500

Pídanse á la Administración de Prensa Gráfica, Apartado 571, Madrid, las tarifas con los descuentos y condiciones especiales para grandes propagandas en estas Revistas.



DEBE SU VICTORIA al VALOR, á la DISCIPLINA y al PICADILLO DE JAMON SIBERIA
Millones de latas consumidas por el valeroso ejército de operaciones en Marruecos han contribuido á la victoria. Excelente fiambre para excursiones, viajes, etc. Ventas al por mayor de 4 á 5 ptas. kg. en latas de 1/8, 1/4 y 1/2 kg.

1510
30
20

ELIXIR ESTOMACAL

de Saiz de Carlos (STOMALIX)

Es recetado por los médicos de las cinco partes del mundo porque tonifica, ayuda á las digestiones y abre el apetito, curando las molestias del

ESTÓMAGO É INTESTINOS

el dolor de estómago, la dispepsia, las acedías, vómitos, inapetencia, diarreas en niños y adultos que, á veces, alternan con estreñimiento, dilatación y úlcera del estómago, etc. Es antiséptico.

De venta en las principales farmacias del mundo y en Serrano, 30, MADRID, desde donde se remiten folletos á quien los pida



TÓNICOS

cuyo uso es indispensable durante los calores para combatir la falta de apetito y de las fuerzas.

VINO DE VIAL QUINA, CARNE LACTO-FOSFATO de CAL

Conviene á los convalescientes, ancianos, mujeres, niños y todas las personas débiles y delicadas.

EN TODAS LAS FARMACIAS

Dr. Bengué, 47, Rue Blanche, Paris.



De venta en todas las farmacias y droguerías.

EVITA LA CAIDA DEL PELO
LE DA FUERZA Y VIGOR

ALCOHOLATO
ABRÓTANO MACHO

Carmen, 10, ALCOHOLERA, Madrid



IMPRESA DE PRENSA GRÁFICA, HERIÑOSILLA, 57, MADRID

Las vacaciones nunca acaban

si un **Kodak**

eterniza su recuerdo.

¡Llegó el último día! Mientras las correas del equipaje se enroscan perezosamente en las maletas; mientras la rebeldía de una pluma enmohecida niégase a trazar los rasgos del nombre que acredite la propiedad en el lomo del baúl, nostalgias y pesadumbres se ciernen tristemente sobre los días gloriosos de las vacaciones que pasaron.

Las vacaciones fueron, mas no pasaron, si un Kodak recogió la emotividad de sus alegrías. Los retratos del Kodak harán revivir, a discreción, la dicha pasada.

El sueño dorado de unas vacaciones es tan espléndido que en vez de abandonarlo hay que llevárselo consigo en forma de lindas instantáneas Kodak. Es penoso que las vacaciones se pierdan por completo, y, sin embargo, forzoso es reconocer que vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

Para no perder el veraneo de este año
llévese a él un Kodak.

Hay Kodaks para todos los bolsillos en precio y tamaño.

He aquí algunos.

Kodak Vest Pocket Autográfico, hace fotografías de 4 x 6 1/2 centímetros Ptas. 59,—

Kodak Junior Autográfico núm. 1, hace fotografías de 6 x 9 centímetros Ptas. 120,—

Kodak Junior Autográfico núm. 1A, hace fotografías de 6 1/2 x 11 centímetros Ptas. 130,—

Kodak Autográfico núm. 3A, hace fotografías de 8 x 14 cm. (Tarjeta postal) Ptas. 220,—

Brownies de cajón para niños, desde 21,50 a 63 pesetas. Hacen fotografías desde 4 x 6 1/2 centímetros a 8 x 10 1/2 cm.



Pida usted Catálogo ilustrado en casa de cualquier revendedor de artículos fotográficos, o a

KODAK, S. A.

MADRID:

PUERTA DEL SOL, 4
GRAN VÍA, 23

BARCELONA:

FERNANDO, 3
PASEO DE GRACIA, 22

Vacaciones sin Kodak son vacaciones perdidas.

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN DE TEXTO, DIBUJOS Y FOTOGRAFÍAS